

Imprecaciones vesánicas

¡ECCE HOMO!

TEMAS DEL DIA

¿Son fiestas?

«No tenemos otro Rey que el César». «No queremos que este reine sobre nosotros». «A ese crucifícale». Estas palabras infames y fatídicas, gritadas por la turba tumultuosa del pueblo judío con la rabia y furor del odio inspirado, fomentado y azuzado por la ruindad que anidaba en los corazones de los fariseos del Sanedrín, vibran hoy con ecos tenebrosos en el mundo, sobre todo en España, donde muchedumbres insensatas, a las que torpemente se arrebató la fe, el amor y la esperanza, las corean en insolente actitud, pidiendo como la turba judía la muerte de Cristo, y, al no ser ya esto posible, la expulsión de su divina imagen del corazón del pueblo que ininterrumpidamente la veneró rindiendo con intenso amor y devota prestando el homenaje entusiasta y ardoroso de filial piedad al Crucificado, al que la nación española debe su existencia, el brillo de su historia y la fama de su nombre.

Efectivamente, aquellas palabras se repiten con loca fruición en nuestro país; y al influjo de planes tramados en secretos sanedrines se ha expulsado a Cristo de las leyes, de las escuelas, de la familia, de toda la vida oficial, hasta de la muerte, en cuyo misterio pretende adentrarse la acción sectaria con afares irrisorios de jurisdicción, fatalmente nula en las fronteras donde termina la comedia de la materia y empieza con realidades absolutas la eterna verdad del espíritu, suprema y única razón de la vida.

«No tenemos otro Rey que el César», clamaron los judíos hace veinte siglos; y las generaciones que les han sucedido vienen repitiendo inconscientemente en todo el orbe aquellas memorables y blasfemas palabras rindiendo pleitesía al dios idólatrico de las concupiscencias de la vida, hoy ornadas con fantásticos caireles de progreso, de cultura, de educación física, de placenteras utopías, que los hombres del día inventan y divinizan como césares ante quienes se humilla el honor, la dignidad, el valor y la seriedad del ser humano. Se quiere expulsar a Cristo de las conciencias con su caridad, con su amor y con sus altas doctrinas de virtud y de paz, para entronizar al César de la civilización material con sus egoísmos, con sus odios, con sus vesánicas pasiones y vicios, que perturban la vida social y agitan los pueblos, cada vez más desgraciados e infelices cuanto más se alejan de Aquel Rey pacífico que es el Camino, la Verdad y la Vida.

Y los intelectuales y los filósofos de la nueva ciencia se esfuerzan en el vano empeño de crucificar a Cristo y desterrarle de la vida social y del corazón del hombre persiguiendo a su Iglesia y vilipendiando a sus ministros que, calumniados, injuriados, cercenados en sus derechos, recorren el camino doloroso de su divino Maestro escuchando los denuestos de las pasiones frenéticas de las sectas soberbias y en insana rebelión contra el ungido de Dios al que anteponen el vil positivismo con los goces de la vida presente, la que se dice única y verdadera, sin aspiraciones al más allá, sin esperanzas sobrenaturales, ni temores ultraterrenos.

En España se ha agudizado en estos últimos tiempos el odio a Cristo, aunque con hipócrita fariseísmo se escudan los verdaderos móviles en fáciles simulaciones; y a las energúmenas voces del pueblo judío se unen los que no solamente no quieren que Cristo reine en la sociedad, en la familia y en los individuos, sino que con ansia febril y satánica aclaman a Barrabás, personificación y concreción de todos los delirios de mentes enfermas anhelosas de dar rienda suelta a los instintos carnales—que la doctrina de Cristo contiene en sus justos límites—por el libertino caudillaje del prototipo violador de todos los preceptos puesto en parangón en el pretorio de Pilatos con el que enseñó a hacer cumplir la ley y predicó la virtud y el amor fraterno. Barrabás antes que Cristo, dicen prácticamente las muchedumbres enloquecidas por las absurdas predicaciones de los astutos gerifaltes del fariseísmo enemigo de Cristo a quienes estorban las normas austeras de vida consignadas en el Evangelio del Divino Maestro. «Suelta a Barrabás y Crucifica a Cristo», exclaman en el paroxismo de su furor los discípulos que el sanedrín judío recluta y adoctrina en su tradicional encono en todos los países.

Pero Cristo fué crucificado y murió una vez para nunca más morir; y son inútiles y vanos cuantos empeños se pongan en juego para volverle a enterrar y hacerle desaparecer del corazón de los hombres que ven en el Divino Crucificado la única salvación y la última esperanza de vida. Será arrojado de los centros de enseñanza, de las leyes y de las salas de justicia; será perseguida, sitiada y amordazada su Iglesia; serán vejados, humillados y zaheridos sus ministros; todo en vano, la observación de Nubius es de una realidad aplastante: a la Iglesia de Cristo llegan sin fuerza lesiva los dardos enemigos «porque tiene la vida más fuerte que todo esto, y después de haber luchado con los más implacables y terribles adversarios, los ha visto sucumbir, llegando con frecuencia a derramar agua bendita sobre la tumba de los más encarnizados.» Se entronizará a Barrabás y se le vitoreará con júbilo descarado mientras se pide la muerte de Cristo; pero preciso es no olvidar que Barrabás acaba por morir a pesar de las aclamaciones juas, Cristo en cambio vive y vivirá eternamente contra los planes de sus enemigos de ayer y de hoy empeñados en su aniquilamiento; y su Iglesia «permanecerá mientras el sol alumbrare a los mortales», como aseguraba San Agustín a los racionalistas de su tiempo, predicción que confirma la historia y corrobora la evidencia.

Cristo insultado, escarnecido, azotado, desgarrado en sus carnes, crucificado y sepultado con todas las garantías de seguridad que la astucia de los judíos supo imaginar, triunfó sobre sus enemigos, como ha seguido triunfando en su Iglesia y triunfará hasta el fin de los siglos y por toda la eternidad. Poco valen ni pueden contra El todos los poderes de la tierra. Ni contra su Iglesia, sobre la cual está la promesa de que no prevalecerán las puertas del infierno. Será perseguido y se seguirá pidiendo su muerte hasta el fin de los tiempos; pero para los pueblos deicidas guarda la justicia divina los horrores que profetizó sobre Jerusalén el mismo divino Maestro cuyas palabras no pasarán. En tanto los hombres se verán obligados a confesar, de grado o por fuerza, que Cristo es el Señor de las naciones, «cuyo reino no tendrá fin.»

Amarguras de soledad

¿Qué está pasando en el cerro del Calvario? ¿Cuánto odio, cuánta feroz se han arremolinado en Vértice sanginario sobre la manse-dumbre de un Cordero! Andrajos de humanidad colgaron en las escarpadas de un cadalso y mordeduras de clavos y de lanzas atarazaron los blancos tejidos del Hijo del hombre... La humanidad, entre imbecil y consternada, pasa y se retira

diciendo: ¡Ecce Homo!... Y entretanto la Reina de los Mártires, la Virgen de los Dolores, la Madre desolada estaba junto a la Cruz. De sus labios salían suspiros, como bandazos del simoun que venía de los desiertos de su alma. Sus ojos estaban anegados por dos grandes lágrimas; eran las últimas de su corazón que no tenía más que lava... CALASANZ RABAZA.

¡He ahí el Hombre! El Hombre maldecido, befiado, injuriado, abofeteado, cubierto con púrpura de escarnio, coronado con punzante corona y con una caña por cetro de su realeza. Porque se dice Rey, le han presentado al pueblo con los burlescos atributos de realeza bufa...

¡He ahí el Rev del mundo, semejante a un gusano vill! Jamás criatura alguna se vió en tan grande orfandad, en tan absoluto desamparo, en miseria tan lastimosa. Es el oprobio de las gentes, cubierto de ignominia, traicionado hasta de sus pocos amigos.

¡Ecce homo! Y a su vista se llena el espacio de vociferaciones siniestras y tabletea en los aires el grito cavernoso de las turbas maldicientes, cuyos ecos siguen vibrando en los siglos con odios estóldos, inquinados con la soberbia saña de las furias infernales.

¡Ecce rex vester! ¡Vuestro Rey! Rey de burlas, en el que no se ve parte sana, ni figura de hombre, porque su cuerpo ha sido triturado, molido como el polvo del camino y aventado por los aires gélidos del Orco impio.

He ahí el Rey de los Judíos, Soberano Señor de toda la Creación, hecho obediente hasta la muerte y muerte afrentosa de Cruz, cual mansísimo cordero sacrificado sin exhalar un balido de dolor.

Y este Rey de burla, con cetro de caña y manto andrajoso, al que rechaza el pueblo con ira descompuesta y furia criminal, es el gran dominador que desde el mismo patíbulo de su condena conquista los corazones de los hombres y cambia por completo las ideas y las costumbres, y transforma el mundo y hace converger a El todas las miradas, todas las voluntades, todos los sentimientos de la humanidad,

Jesús Nazareno, rey de los Judíos, es el imán de los corazones, de todos los corazones, de los buenos y de los malos, de los justos y de los pecadores. Porque de grado o por fuerza tienden a este Rey soberano de los mundos los purísimos amores, los heroicos sacrificios, las sublimes virtudes de los buenos, y no pueden desprenderse de su influjo celestial los abominables desenfrenos, los odios satánicos, las abyectas maquinaciones de los impíos.

¡He ahí el Hombre! El Hombre-Dios, que hace del afrentoso instrumento de su suplicio, execrable y horrible, el modelo y regla de vida apostólica, de austeras costumbres, de rigurosas abnegaciones.

Vede. Es el Hombre, el Hijo de la Virgen, Dios verdadero de Dios verdadero, hecho un leproso, convertido como en estercolero de todas las podredumbres humanas, despojo del pillaje satánico del poder de las tinieblas.

¡Ecce Homo! ¡El Verbo de Dios transformado en el más repulsivo y vil de los humildes pordioseros!

¿Quién así se ensañó con este Rey de Amor, Príncipe de la paz, Señor de infinito poder y gracia, el Hombre mas hermoso de los hijos de los hombres?

El poeta español lo dice en inspirada estrofa:

«¿Quién abrió los raudales de esas sangrientas llagas, Amor mío? ¿Quién cubrió tus mejillas celestiales de mortal palidez? ¿Cuál brazo impío a tu frente divina ciñó corona de punzante espina?»

¡Llorad, gemid, humanos, Todos en El pusisteis vuestras manos.»

F. S. H.



Jueves y Viernes Santos. ¿Son fiestas o no son fiestas actualmente estos días en España? La Constitución, el Parlamento y Gobierno dicen que no. En la lista de fiestas oficiales o tradicionales publicada en la Gaceta se omite mencionar esos días, en el calendario escolar recientemente decretado no se les menciona entre los días de vacaciones, en las oficinas públicas y centros ministeriales se trabajará estos días mañana y tarde. Los poderes constituidos en España lo declaran terminantemente: No son fiestas los días de Jueves y Viernes Santo.

Y sin embargo... El pueblo español, la masa que constituyen la mayoría de los españoles, no trabajará estos días; los negocios se paralizarán, el comercio cerrará parcial o totalmente, los oficios divinos se celebrarán con la misma afluencia de fieles que todos los años, las familias visitarán los monumentos y asistirán a las procesiones, donde las haya. El pueblo español dice por su cuenta: Si, son fiestas los días de Jueves y Viernes Santo.

Y es que hay algo que parece haberse escapado a la perspicacia de nuestros gobernantes y legisladores; algo tan poderoso que puede producir unánimes movimientos en todo un pueblo y tan arraigado que no pueden desterrarlo disposiciones oficiales ni mandatos parlamentarios, y ese algo es la Tradición. Las fiestas de Jueves y Viernes Santo son fiestas religiosas, pero son también fiestas tradicionales. Durante siglos se ha proclamado en España que «hay tres jueves en el año que relumbran más que el Sol: Jueves Santo, Corpus Cristi y el día de la Ascensión»; tendrían que pasar otros tantos siglos de obstrucción y prohibiciones para que esa tradición se perdiera y antes de que esos siglos transcurran otra vez habrá triunfado totalmente la Iglesia con todo el esplendor y el brillo de sus festividades.

La supresión de las festividades religiosas es una de las armas que los ateos y masones estiman más eficaces para dar la batalla al catolicismo. La Unión de los Sin-Dios militantes de Rusia recomendaba expresamente a sus agentes que evitaran toda manifestación de sentimientos religiosos con motivo de las últimas Navidades, diciéndoles textualmente: «Llamamos particularmente vuestra atención sobre la necesidad de suprimir íntegramente todo reposo en los trabajos durante esos días de festividades religiosas.»

No tiene por tanto nada de particular que actualmente, aunque no se declare la intención de manera tan explícita, se pretenda terminar en España con las fiestas de Jueves y Viernes Santo. Lo único que resulta extraño es que los que tal hacen sean los mismos que muestran particular interés en que no dejen de salir las más vistosas cofradías. Pero esto es cuestión aparte. Lo que nos interesa por el momento es que en estos momentos pudiera decirse parodiando un conocido refrán: «El Gobierno propone y el pueblo dispone.»

Y el pueblo ha dispuesto que sean fiestas el Jueves y el Viernes Santo

ACOTACIONES

¡Qué majestad tan grande la de aquella primera misa celebrada por Jesús Salvador en el Calvario!

El templo tiene por cúpula el firmamento y por recinto la inmensidad; es el universo.

El altar está erigido sobre la montaña, domina las regiones inferiores; es la Cruz.

El sacrificador viene a inaugurar un nuevo sacerdocio que no ha de tener fin; es el Verbo encarnado.

La víctima espera el golpe mortal para reconciliar la justicia con la misericordia; es el mismo sacrificador.

La asistencia está compuesta por todas las criaturas que circundan la Cruz; son los moradores todos de los cielos, de la tierra y de los infiernos, humillados ante el nombre de Jesús triunfador de la muerte y de las adversas potestades.

Vive Cristo Redentor, aunque un día fué mortal, que la victoria del mal fué de efímero fulgor y de derrota eterna.

San Juan, en el Apocalipsis, vió a los elegidos combatir contra el Dragón; y dice que no emplearon otras armas que la Sangre del Cordero para salir vencedores.

Triunfó Jesús del pecado de la muerte y del infierno. Dejó al mundo reseñado y al hombre dió enamorado su Sangre contra el averno.

La agonía del Salvador se renueva y perpetúa. Ahora se están tramando contra El nuevas intrigas. Antiguos y nuevos enemigos se coaligan para escarnecerle y burlarse de su divino Nombre. A los ampíos declarados se unen los traidores ocultos; y a ellos se suman los vergonzantes, los cobardes, los durmientes, los indiferentes, los malos amigos de Jesús. La pasión se consumó hace muchos siglos y, sin embargo, cada día se le prepara una nueva pasión.

El odio de los malos fué siempre el mismo, sibilante y sañudo con Jesucristo. Mas Cristo triunfa mientras sus enemigos roean la tumba.

El cuerpo y la sangre de Cristo fueron formados por el Amor, mantuviéronse unidos y vivificados por el Amor, y por el Amor fueron sometidos a la muerte. Al separarlos del alma que los animaba, el Amor no ha podido separarlos de la divinidad, sino que, por el contrario, El mismo los ha hecho inseparables.

Bramará contra el Cielo la infernal saña, lucharán los impíos con ansia infuasta, ¡Vanos intentos! ¡Murió Jesús cual hombre! ¡Y es Dios eterno!

F.

ARTE RELIGIOSO

Los célebres imagineros castellanos

La escultura religiosa en España tuvo una época de gran esplendor en los siglos XVI y XVII. Resurgió el arte religioso con las admirables obras ejecutadas por los imagineros castellanos, culminó en Valladolid donde vivieron y se formaron aquellos ilustres artistas que se llamaron Alonso Berruguete, Gregorio Hernández, Juan de Juni... No eran castellanos de nacimiento, pero en Castilla vivieron; en Paredes de Nava, de la provincia de Palencia, vio la luz Alonso Berruguete. Juan de Juni, «el extranjero castellano» como algunos le llaman era francés; y Gregorio Hernández nació en Galicia. Pero en Castilla y mejor aún en Valladolid nació la escuela de la escultura policroma castellana que dió al mundo obras magistrales, admiración de propios y extraños, que realzan las grandes manifestaciones de fervor religioso que se celebran en diversos lugares castellanos en los piadosos días de la Semana Santa.

Berruguete, Juan de Juni, Gregorio Hernández... ¿quién no ha oído hablar de estos genios de la escultura española? ¿quién no ha tenido ocasión de admirar alguna de sus inimitables producciones? Juni, Hernández, Berruguete, los que dieron impulso a la decadente imaginaria castellana, eran artistas identificados con sus creaciones que sentían, dando a las imágenes un tono emocional de tal índole que sus efectos en quienes las admiran aún se conservan. Es la fuerza emotiva popular de la escultura castellana!

No vamos ni aún a pretender citar en esta breve síntesis todas las obras que salieron del cincel de Gregorio Hernández, hoy repartidas por todas partes. Aquí mismo, en Avila, ¿no estamos contemplando constantemente la venerada imagen de nuestra excelsa patrona Santa Teresa de Jesús? y el Cristo atado a la columna que se venera en el convento de Padres Carmelitas? Ambas imágenes son bellísimas obras del genial imaginero.

Gregorio Hernández, fué realmente el creador de las procesiones castellanas de Semana Santa, de Zamora, de Medina del Campo, de Valladolid, de Medina de Rioseco. Los «pasos» son grupos escultóricos de varias figuras que representan los distintos momentos de la pasión de Cristo; el Cirineo, la Flagelación, la Elevación, la Crucifixión, el Sepulcro, todos llenos de arte y religiosidad. Sus destacadas obras escultóricas de La Piedad, La Quinta Angustia, el Cristo de la Luz y Cristo yacente (que guardan las monjas de Santa Catalina) y que reproducimos en estas páginas, son de un valor artístico insospechado. Dos de estas esculturas La Piedad y el Cristo de la Luz pueden admirarse en el Museo provincial de Valladolid.

Juan de Juni, oriundo como hemos dicho de Francia, vivió y murió en Valladolid. De él no se conocen más que sus portentosas obras, pues ni su fisonomía, ni el lugar donde reposan sus restos son conocidos. Dícese sobre esto último, y esta referencia no está comprobada, que sus mortales despojos yacen, bajo el Cristo de la cruz, obra suya, que se venera en el convento de Santa Catalina.

Las obras de Juni, a diferencia de las de Hernández llenas de dulzura y misticismo, están impregnadas de amor y

dolor intenso. Contemplad a la Soledad de María o mejor llamada La Dolorosa de las Angustias de Valladolid, que también reproducimos; su actitud de súplica, inconsolable, de resignación, la mirada lacerante; es la expresión sintética de todos los dolores del corazón humano, con el gesto de dolor profundo y las lágrimas cayendo sobre el rostro desgarrado. Mucho se ha hablado sobre la inspiración del escultor al concebir tan grandiosa imagen. Dice un ilustre cronista refiriéndose a Juni: «Tomó la Biblia; se futé en derecha a buscar los trenos de Jeremías y los ojos del artista leyeron: «la señora de las gentes ha venido a quedar, cómo viuda; las lágrimas de sus ojos corren por las mejillas de su rostro; no hay quien la consuele la despreciaron; y ella gimiendo se ha vuelto hacia atrás». Esta imagen, figura cumbre de la Semana Santa de Valladolid, llamada también tradicionalmente La Virgen de los Cuchillos, es admirada en tres momentos solemnes que llenan el alma de emoción y de arte, ya en la procesión del Santo Entierro en su carroza magnífica; bien en la noche del Viernes Santo, cuando acompañada de las mujeres piadosas vallisoletanas recorre las principales calles despojada de sus joyas en procesión de Soledad, o en el momento solemne y emocionante del Via Crucis procesional, del atardecer del Miércoles Santo, al salir al pórtico de la Iglesia penitencial de las Angustias al encuentro de Nuestro Padre Jesús Nazareno, que va recorriendo el camino del calvario.



GREGORIO HERNÁNDEZ. LA PIEDAD. (Valladolid).

Otra obra admirable de Juan de Juni es El Entierro de Cristo que cinceló hacia el año 1543 para el convento de San Francisco construido en Valladolid en los terrenos que a este fin donó doña Violante, esposa de Alfonso el Sabio, Más que para paso profesional, está hecho para ser admirado en museo, que es donde se conserva.

A la imagen de Jesucristo yacentes la rodean seis esculturas, la Virgen sostenida por San Juan, María Magdalena y María Salomé con la corona de espinas y los ungüentos, José de Arimatea y Nicodemo. Este grupo escultórico notabilísimo figuró el pasado año convenientemente adaptado como «paso» en la procesión del Viernes Santo de la capital castellana.

Muchas columnas podíamos llenar si nos hubiéramos propuesto hacer un estudio detenido de la imaginaria castellana de nuestro siglo XVII; no era ese el propósito, sólo entraba en nuestros cálculos exponer modestamente a grandes rasgos las obras más salientes de algunos de nuestros afamados artistas que levantaron el arte y el sentimiento religioso tradicional con sus esculturas de exquisito arte policromado.

MANUEL BELMONTE

La turbulencia social

Atravesamos una época de turbulencia social. Los odios y pasiones de los hombres en continuo choque y en remolino constante han embravecido el azoroso mar de la vida. Las hordas salvajes e iconoclastas dando rienda suelta a sus insaciables deseos persiguen con mano airada toda manifestación de religión y de fe, pretendiendo sembrar con sus falsas doctrinas un ambiente de desmedido laicismo.

Todo ello ha servido para que la Semana Santa de hoy en España no revista la solemnidad de otros años con sus procesiones de fama universal.

El tema de que aquellas hordas sacrílegas vengán a profanar una vez más las veneradas y valiosas imágenes de vírgenes y santos que cobijan nuestras iglesias, hace que nazca en el espíritu de los creyentes un justificado retraimiento para organizar en estos días de Semana Santa esas grandiosas procesiones que tanto influían en el ánimo de los que las presenciaban.

¡Qué sublimes escenas se presenciaban en casi todas las poblaciones españolas al paso de las procesiones de Semana Santa! Estos días de Santos e imborrables recuerdos, eran consagrados por casi todos los españoles, lo mismo los que gozaban de la vida libre que los que sufrían penas de

corrección y encierro, con su intervención directa al paso de las procesiones proporcionando con ello momentos de conmovedor efecto.

En Sevilla, Málaga, Granada y otros puntos en estos días de luto para el pueblo cristiano, alterando la disciplina de las prisiones, los reclusos eran autorizados para acercarse a las rejas de su encierro, presenciar el desfile de las procesiones y cantar alusivas estrofas y sentidas saetas, al paso de la Macarena y del Cristo de la Agonía.

En otros pueblos los pasos procesionales eran colocados danco frente a la Prisión. El momento era emocionante, los reclusos desde sus ventanas cantaban sentidas plegarias al calor de su alma arrependida.

De aquellas imágenes mudas y tristes que había contemplado un instante una pequeña parte de la humanidad doliente y necesitada parecía surgir una corriente luminosa que abriendo un ancho reguero de luz penetraba en el alma de los reclusos entenebrecida por el recuerdo de su pasado.

Hoy no disfrutan los reclusos de esa íntima satisfacción moral que para los creyentes supone el acercarse a las ventanas de su encierro, ver desfilar ante sus ojos la imagen del Crucificado y dirigirla sentidas plegarias, tal vez acogedoras de sus llantos, de sus rezos y de sus deseos de redención.

Hoy la sociedad también se ve privada de presenciar en estos días en que el pueblo reza, la iglesia llora y el alma medita, aquellas procesiones solémnes que eran objeto de admiración de propios y extraños. Hoy por las circunstancias presentes en la mayoría de los pueblos tendrán que celebrarse los ritos y ceremonias dentro de la Iglesia. El pueblo no verá desfilar por sus calles los pasos de Jesús en el huerto, en casa de Pilatos, los instrumentos de la pasión llevados por los nazarenos, la imagen del Crucificado y por último el paso del Santo Sepulcro de tan emotivos y piadosos recuerdos en el pueblo cristiano.

A pesar de esta tendencia laicizante los templos se ven cuajados de fieles. España siente la tradición de su historia y a impulsos de su fe, el pueblo da rienda suelta a sus sentimientos católicos en estos sublimes días de nuestra religión rindiendo el tributo de amor a Jesús crucificado y acompañando en sus dolores y penas a aquella Santa Madre que figura sola y abandonada al pie del afrentoso patíbulo de la cruz.

M. C.

CONSUMATUM EST

La hora final se acercaba; las profecías se iban cumpliendo; y todo anunciaba los últimos momentos del Redentor.

Las turbas feroces, sedientas de la sangre del Justo, contemplaban impávidas la escena de dolor que se desarrollaba en la pelada cumbre del Calvario.

La faz serena y pura del ajusticiado enviaba una mirada de amor a los verdugos. ¡Oh ejemplo grandioso de humildad! Cristo, el rey del Universo, el amo y señor de todo lo creado, resignase a morir entre dos malhechores, convirtiendo en enseñanza de amor el infamante madero de la cruz.

Y Cristo, infinita bondad, perdonó; pero su ejemplo no ha sido imitado. La humanidad no ha recibido las santas enseñanzas que Tú, divino Salvador, derramaste por los campos de Galilea. Hoy nuevamente los hombres que redimiste serían capaces de estampar un ósculo en Tu benditísimo rostro, que sería la señal de Tu prendimiento; empuñarían en sus manos el martillo y los clavos y sin piedad te ladrarían Tu cuerpo; buscarían las más punzantes zarzas y tejerían la corona que ceñirían a Tu augusta cabeza; en sus minas buscarían el más duro acero y lo forjarían hasta convertirlo en punzante lanza para traspasar Tu sacratísimo costado, y, por último, en tu agonía te darían hiel en sustitución del agua para que fuese más terrible el tormento; no encontrarías a ningún José Nicodemo, que descendiera Tu cadáver del santo madero; pero sí encontrarías hombres sin conciencia dispuestos a quitar Tu sagrada imagen de las escuelas y centros que sólo Tú debes presidir; pero ¡oh bendito seas Tú, Hijo de Dios! Yo te suplico misericordia y clemencia para la fementida humanidad.

**

El Cielo se cubrió rápidamente de negros nubarrones, el rayo cruzó el espacio con horrisono estruendo, la tierra trepidaba con espantables sacudidas, toda la naturaleza estaba en desorden, y en medio de tanto desconcierto, oye los judíos una débil voz que decía: CONSUMATUM EST.

En aquel instante rasgóse de arriba a abajo el velo del templo; tembló la tierra con mayor estrépito, hundiéronse las piedras y el astro rey ocultó sus rayos luminosos entre el color plomizo de las nubes...

¡COSUMATUM EST! ¡El hombre estaba redimido! Pero el hombre se olvida del amor de Dios.

Félix

MANUEL CASARES



JUAN DE JUNI. LA DOLOROSA. (Valladolid).



G HERNÁNDEZ. CRISTO DE LA LUZ. (Museo de Valladolid).

El llanto de San Pedro

El notable novelista ruso Antón Chejov hace en uno de sus escritos un interesante relato cuyo compendio es el siguiente:

Presenta el novelista a un estudiante de la Academia Eclesiástica, llamado Ivan. El estudiante vuelve a su hogar después de un día laborioso. Camina a pié por un estrecho sendero. La campiña está vacía y lúgubre. No obstante, por el lado del río, en el llamado Jardín de las viudas brilla una luz. Es día de Viernes Santo. No se ha cocinado en todo el día y el estudiante se siente torturado por el hambre. En su memoria aparecen evocaciones del pasado.

Así llega al Jardín de las viudas y se detiene. Cultiva este jardín dos mujeres, madre e hija. La madre se llama Basilisa; la hija, Glicera.

—¡Buenas noches!—dijo el estudiante acercándose.—¡Ya tenemos de vuelta al invierno!—Me has dado miedo—dijo la vieja.—No te reconozco...

Con sus ojos parpadeantes la hija contemplaba al estudiante sin decir una palabra.

Este tendió las manos al fuego. —Fué una noche parecida a esta—añadió Ivan—cuando el Apóstol Pedro entró en el patio de Caifás y se acercó al fuego. ¡Ah, abuela! ¡qué terrible noche! ¡qué dolorosa y qué largal!

Miró en torno suyo, hacia las tinieblas, sacudió la cabeza y prosiguió:

—La noche de la Santa Cena Pedro había dicho al Señor: «Estoy dispuesto a seguirte hasta la prisión y hasta la muerte». Y Jesús respondióle: «En verdad te digo, Pedro, que esta misma noche y antes que el gallo cante, me negarás tres veces.»

Así continúa Ivan narrando las escenas de la Sagrada Pasión; describe la Oración del Huerto, el prendimiento, la flagelación, el interrogatorio de Pilatos; narrando con todos sus pormenores las escenas de la negación y el arrepentimiento de San Pedro.

Habiendo visto el Príncipe de los Apóstoles a Jesús de lejos, recordó sus palabras: lo recordó todo. Entonces salió y rompió a llorar... así está escrito: *Salió y lloró amargamente. ¿Comprendéis? Un jardín muy sombrío, sin miedo, en calma, como éste, y unos sollozos, unos largos sollozos.*

Ivan guardó silencio. Basilisa empezó a llorar bruscamente; las lágrimas corrían por sus mejillas, mientras que trataba de ocultar la cara con el brazo. Su hija Glicera había enrojecido mucho y sus facciones habían tomado una expresión de sufrimiento como la de un enfermo que se contiene para no gritar.

Ivan dió las buenas noches a las viudas y siguió su camino. De nuevo entró en las tinieblas del sendero. Soplaban un viento áspero.

El estudiante pensó en la vieja Basilisa. Recordó el llanto de la humilde mujer. Sí, lloró, lloró espontáneamente, con toda sinceridad.

Luego existía alguna relación entre esta pobre mujer y el llanto del Apóstol San Pedro. Ivan se volvió para mirar al Jardín de las viudas. El fuego de la hoguera brillaba en la oscuridad, pero ya no distinguía a ninguna de las dos mujeres. Tenía presente el semblante de Basilisa, lo veía en su imaginación. Sí, lloró: lloró conmovida por el relato que él había hecho; lloró emocionada por un suceso que aconteció hace veinte siglos. Luego existía una relación entre estos viejos sucesos y los tiempos presentes. Sí, la vieja lloró; luego Pedro estaba allí, cerca de ella; luego ella había hecho suya la angustia de Pedro en aquella noche terrible.

Subitamente penetró en el alma de Ivan una gran fe, una fe tan fuerte como su emoción. Tuvo que detenerse un instante para tomar aliento.

«El presente—pensó—está ligado al pasado por una cadena de sucesos continuos».

«La Verdad y la belleza no mueren, esta Verdad y esta belleza manifiestan en el Huerto de los Olivos y en el Patio de Caifás, siguen siendo hoy las mismas de ayer: como en otros tiempos siguen siendo lo esencial en la vida humanas».

Y poco a poco, sintió Ivan que se engrandecía en su espíritu un sentimiento nuevo de juventud, de fuerza, de salud; sintió la dulce expectación de una misteriosa felicidad, de una felicidad inesperada. La vida se le apareció como un don magnífico: como un milagro de gracia y de profundo sentido...

LUIS LEÓN



ESCENA SACRA

VISION DE SANGRE

Fragmento



Las flores de Geisemani, estremecidas por el cálido beso del aura primaveral, alientan perfumes que infunden somnolencias de amores ultraterrenos. Destilánse en blandos murmurios las aguas del Cedrón, orgullosas de los esplendentes rizos que les presta el lumínar nocturno al rielar en las lufas gráciles. Las auras vespérales musitan en misterioso lenguaje poéticas cadencias que trascienden a embriagadores coloquios de celestial enamoramiento. Es la noche del Amor. Atónitos saborean aún espíritus privilegiados el gustoso manjar eucarístico que en divina ambrosia condimentó el Amor de los amores para refocilamiento de los corazones castos y palpitan aún los acentos de las sublimes frases inventadas por la locura del Amor en desahogo y comunicación del fuego ardiente que le consume y devora por sus hijuelos terrenales.

De las lejanías imprecisas de los tiempos vienen ecos de augurios trágicos sobre la triste ruina del Amor en la espantosa acometida de rugientes leones y toros feroces, que en esta noche de plácida dulzura se conciertan con tenebrosos chacales y sanguinarios leopardos para acorralar al Amor y cebarse en la sustancia de su forma corpórea.

La diafanidad de la noche difumina con siniestro colorido una visión de sangre y de dolor en que el Amor es desgarrado por furiosos zarpazos de fieras hambrientas. Resuenan por doquier y cada vez más claras las tétricas frases de terribles vaticinios, con las que se entremezclan lastimosos quejidos y roncas voces que en el silencio majestuoso de la augusta noche del primer jueves santo retumban cual trepidantes bramidos de huracán furioso.

EL PROFETA DE LOS TRENOS

Dijeron los impíos con ansias infernales; Caigamos sobre el Justo, cerquémole de males, Y leños espinosos pongamos en su pan; Que sea de la tierra raída su memoria, Y que los hombres todos en fecha perentoria Su nombre desconozcan conforme a nuestro plan.

Porque El es enemigo, contrario a nuestras obras, Y trae a nuestra gente en pésimas zozobras Con dichos y con hechos que atacan nuestra ley. ¿No véis como seduce al pueblo miserable Que escucha sus palabras de celo insoportable Diciendo que El es Hijo de Dios y que El es Rey?

Su vida es nuestra muerte; su ejemplo es nuestra afrenta; Su celo es nuestro oprobio; su fama se acrecienta Y adquiere cada día más crédito y virtud. Destruye nuestros planes; condena nuestros actos; Perturba las conciencias; se opone a nuestros pactos; Intenta someternos a dura esclavitud.

Venid; ¡reos es de muerte! Que muera cual infame Colgado de un madero, y agónico derrame Sus visceras sangrantes como gusano vil, Su ser desaparezca roído de dolores, Sobre El caigan tormentos y miseros horrores, Que salga de la tierra odiado en siglos mil.

OTROS PROFETAS

Con fieros ultrajes, sin piedad ni respeto trataron las hienas salvajes a Cristo Mesías que los hombres con ansia esperaron por días y días, en promesa de paz y alegrías.

Sus sagradas mejillas mesaron, y sus carnes divinas hirieron, de salivas su rostro cubrieron, con escarnios su cuerpo infamaron sin dejar en su ser parte entera que de afrentas objeto no fuera.



GREGORIO HERNÁNDEZ. CRISTO YACENTE. (Valladolid).

TINIEBLAS

Y desde la hora sexta hasta la hora nona, toda la tierra se cubrió de tinieblas.

Cuando en una familia basada en el respeto y el amor llega la hora triste en que la muerte cierra los párpados del padre, del esposo, del jefe, todos los ojos se anegan en llanto y el rumor violento de los sollozos extiende por todo el hogar la manifestación evidente de que ya falta su creador; cuando un perrillo inconsciente y torpe pierde el rastro del dueño, su agitación y sus lamentos dicen bien claro que le falta aquel a quien debe el sustento y en cierto modo la vida. Es condición de todo ser vivo ese espontáneo abatimiento ante la pérdida de lo que le dió la existencia; y así se amustia la florecilla a quien falta la humedad y muere el pájaro que encerrado en una jaula ve volar para siempre a la pareja amante que le dió calor en el nido y trajo a su pico débil e impotente todavía el sabroso alimento de los campos.

No pudo ser de otro modo en la muerte de Jesús. La tierra toda, la naturaleza entera, hubo de removerse hasta lo más profundo de sus entrañas con sacudida de dolor inmenso; y la luz de sol ocultándose avergonzada y dolorida a la faz de los humanos negóse a brillar en el trágico momento en que el Dios hombre, supremo hacedor de toda materia y substancia expiraba entre grotescas risotadas y crueles martirios inferidos por sus propios hijos a los que quiso redimir. Las tinieblas y el sordo rumor del terremoto dieron elocuente testimonio del grave quebranto que el mundo sufría a la muerte de su divino artífice.

Tan indudable apareció entonces la excesa progenie de Jesús que hasta sus mismos enemigos, aquellos que le crucificaron y alcanzaron hubieron de exclamar arrepentidos: «Verdaderamente este era hijo de Dios.» Algo así han debido sentir los modernos ateos y perseguidores de la Iglesia ante esta clarísima prueba de la divinidad de Jesucristo pretendiendo negar la veracidad del relato evangélico con argumentos de humana consideración que en caso de demostrar algo no sería otra cosa que lo sobrenatural del suceso y por ende lo divino de su origen.

Dicen los tales que aquellas tinieblas no pudieron producirse en plenilunio que era cuando los judíos celebraban la Pascua porque, en el plenilunio es imposible que se produzca un eclipse; y además éste no puede durar tanto tiempo, ni mucho menos alcanzar a toda la tierra. Es decir, que no pudieron ser las tinieblas efecto de un eclipse natural. La cosa es clara y nadie en realidad sostuvo nunca que aquel oscurecimiento de la luz del sol fuera motivado por ningún eclipse; por el contrario, el mismo San Agustín, refiriéndose a este acontecimiento, dice que «es cierto que el Sol no puede ocultarse cuando la luna está llena.»

¿Desmentido pues ese razonamiento, la afirmación de los evangelistas? Porque lo que nadie aseguró nunca es, que las tinieblas de aquel inolvidable día fueran debidas a ésta o aquella razón, sino su real y verdadera existencia durante tres horas, y no se diga que es testimonio exclusivo de los evangelistas; pues aun fuera de ellos y en gentes que no tenían conocimiento de la pasión de Jesucristo y que vivían a enorme distancia del Calvario se encuentran manifestaciones en este sentido como son las de Thallo y Flegon, gentil el primero y liberto de Adriano el segundo, los cuales dejaron registrado en sus «Historias siríacas» y «Olimpiadas» respectivamente el suceso de las tinieblas.

Esto mismo confirma el sabio filósofo Arzopagita. Y si no solo en el Viernes Santo, sino aún «en todo el curso del año 18 de Tiberio—en el que murió Jesucristo—hubo ni pudo haber eclipse alguno», como confiesan con datos de numerosos astrónomos, los racionalistas a que nos referimos, es evidente que esas tinieblas innegables ante testimonios tan elocuentes y terminantes, como los de los evangelistas y otros muy numerosos de aquel tiempo, tuvieron una causa sobrenatural que al coincidir con la pasión y muerte de Jesús, prueban su divinidad; demuestran sin contradicción fundada posible que verdaderamente aquel era hijo de Dios.

Véase, pues, cómo cuanto más se empuñan los hombres en negar a Dios, más datos nos ofrecen de su existencia irrefutable. Este ejemplo de las tinieblas es precisamente quizás, aunque parezca ironía, el que más luz debiera dar a tanto cerebro entenebrecido por las sombras de ese sectarismo insensato que no se sabe qué pretenda ni a dónde va cuando se le ve obstinar e ante la evidencia en contra de todo lo que significa que la idea de un Dios misericordioso que sabe perdonar sus desvarios, consolar sus infortunios y premiar con una vida eterna de goces celestiales el reconocimiento y amor que muestra conciencia le debe.

JESÚS (EN ORACIÓN)

Acibaradas aguas me circundan con ímpetus rabiosos que hasta el alma penetran y la inundan de insufribles tormentos horrosos que la carne rehuye acobardada y en sí rechaza el ánima espantada.

Ya están los enemigos a mi vera tramando amenazantes mi muerte y destrucción con saña fiera; ya surgen a mi lado, y, anhelantes, me prenden y maniatan y golpean y en mi afrenta se ensañan y recrean.

¡Oh, Padre, Padre mío! yo he querido beber hasta las heces este cáliz amargo y desabrido que en tu justicia con amor me ofreces; mas quítalo de mí, si esto es posible, te lo suplico en hora tan terrible.

Que el temor y la angustia me amedrenta, y mi alma se liquida, como la cera ante la llama lenta, de honda aflicción y de dolor transida; pero oído mi anhelo no se vea, antes tu voluntad cumplida sea.

EL ANGEL

Al fiat divino los mundos vivieron. Al fiat virgíneo los cielos se abrieron y Dios con el hombre amante se unió. Al fiat de Cristo, augusto y solemne, el hombre al querube con lazo perenne la gracia divina por siempre ligó.

La sangre divina redime hoy al mundo, y al hombre rescata del cienago inmundo en que la soberbia sumióle fatal. Amor le restaña las suculas heridas y Amor le devuelve las fuerzas perdidas en muerte gloriosa de vida inmortal.

Restalla en la negrura con chasquido fatídico el beso traidor con que el divino Amante es entregado al poder de las tinieblas en la hora precisa en que se abraza al dolor y a la muerte para estampar en el corazón del hombre el cálido beso del Amor sempiterno de Dios.

FEDERICO SACRISTÁN HUIDOBRO.



¿Jesucristo socialista?

Todos lo hemos escuchado más de una vez porque es cosa que se dice y se repite a cada momento por los propagandistas de teorías revolucionarias: «Jesucristo fué el primer socialista; su doctrina no es otra que la que en tiempos modernos defienden los teorizantes de la socialización; su vida es similar a la de los leaders de las ideas avanzadas actuales». Y hasta entre los propios católicos llegan a encontrar eco estas atrevidas afirmaciones, lanzadas por quienes ven en ellas un medio hábil de sembrar la confusión en el campo cristiano, y de apartar de la Iglesia a sus fieles, alucinados con tan torpe engaño.

Nada hay, sin embargo, más absurdo que semejante suposición. Afirmar que Jesucristo fué el primer socialista, sostener que el Cristianismo es precursor del socialismo, establecer líneas paralelas entre la vida del Redentor de la Humanidad y las de los famosos redentores del proletariado es, a más de sacrilego, la más mísera estratagema que pueda imaginar un conductor de multitudes ignorantes.

Una sola consideración basta para destruir esas comparaciones: El Cristianismo es doctrina de amor y de paz; el Socialismo es teoría de odio y de lucha; ¿cómo podrán, pues, parecerse el uno al otro? ¿Cuándo decía Jesús a los humildes y a los pobres que le seguían que tomaran las armas para luchar con los ricos; que empuñaran las hoces para segar cabezas de burgueses; que incendiaran y destruyeran; que se repartieran tierras, riquezas y propiedades ajenas? ¿Cuándo pudo manifestar Cristo que la lucha de clases era el primer postulado de su doctrina? Jamás. Por el contrario, en todos sus sermones y en todas sus parábolas resplandecía siempre el ansia de amor y por el amor deseaba resolver todos los conflictos sociales. Atacaba a los poderosos sí, pero no inducía a la plebe a arremeter contra ellos, sino que excitaba a aquellos a que dieran al pobre una parte de lo que poseían, a que pagaran razonablemente a sus siervos y subordinados y a que les trataran con cariño de hermanos. Predicaba la igualdad, pero no una igualdad resultante de la ruina y la destrucción, sino una igualdad razonable en la que cada uno tuviera lo que mereciera y necesitara sin apropiarse de lo ajeno ni salvar diferencias estatuidas por el propio Dios o impuestas por el desarrollo o norm de la vida social. Todo lo contrario de lo que propugna el socialismo con su lucha entre obreros y burgueses, su negación de la propiedad y su declaración de una igualdad injusta e inalcanzable. ¿Dónde, pues, está la similitud ni siquiera la semejanza entre uno y otro?

Babeuf pretendiendo la «comunidad de bienes y de trabajo»; Saint Simón con su colectivismo piramidal; Fourier negando todo lo que no fuera trabajo material; Thompson y Owen subordinándolo todo a las leyes económicas; Proudhon declarando que «la propiedad es un robo», que «Dios es el mal» y que «el mejor Gobierno es la anarquía»; Marx trabajando por establecer la dictadura del proletariado, y todos ellos recomendando siempre la lucha de clases y la destrucción que analogía pueden tener con Jesús, el Dios humanizado que sólo predicaba Amor, Paz y Perdón?

Y, respecto a sus vidas; ¿quién se atreverá sin malicia a encontrarlas parecidas? Esos propagadores del socialismo habrán tal vez sufrido persecuciones y encarcelamientos, habrán sido víctimas de malos tratos y puede que alguno de ellos haya muerto en prisión o haya sido ajusticiado; pero ¿en qué se parecen su condena y su muerte a las de Jesús? La justicia de los hombres les condenaba porque ellos predicaban la muerte entre los hombres; esa misma jus-



GREGORIO FERNÁNDEZ. LA QUINTA ANGUSTIA. (Valladolid)

ticia condenó a Jesús, que recomendaba el amor y el perdón; y su muerte... en su muerte existe inmensurable diferencia que, sobre todo, es en estos días cuando surge más evidente y más palpable; en estos días en que los Cristianos consideramos y meditamos sobre la Pasión del Salvador. Muere el Hombre Dios clavado en cruz infamante, azotado, atormentado, escupido, coronado de espinas por crueldad y con la inscripción de Rey de los Judíos por befa; muere escarnecido, abandonado y sediento; muere traicionado y vendido. Y sus últimas palabras son de Amor; sus últimas palabras son de Perdón, de perdón suyo y de petición de perdón a su Padre para aquellos mismos que le han ultrajado y clavado en un madero. No excita a las turbas, no expone sus sufrimientos como bandera de venganza ni incita a sus partidarios al odio mostrándoles su Cuerpo lacerado, no, su Amor por todos los hombres no le abandona un momento y expira anhelando que por el Amor mejore su condición. ¿De qué socialista puede decirse que haya hecho otro tanto?... De ninguno, porque no le ha habido, ni le habrá. Los socialistas que han muerto por «la causa» lo han hecho maldiciendo a los que les mataban, pidiendo venganza y recomendando el homicidio social. Ciertamente Jesús era Dios y los demás son simples y miseros mortales. Pero por eso mismo no cabe entre Uno y otros la comparación; el establecerla es una blasfemia y el admitirla una torpe degradación. Ni Jesucristo fué el primer socialista, ni el Cristianismo es precursor del Socialismo.

¡España, España, conviértete al Señor, tu Dios!!!

Si; tú que hasta poco há eras ciudad «llena de pueblo sano y bueno y hoy te sientas como sola.

Tu, la señora «del gentilismo», la dominadora del «laicismo» vives como «viuda sin poder», «tributaria de las sectas impías.

Muchos hijos tuyos tan caros te amargan la vida: muchos de tus amigos te desprecian, y se han vuelto enemigos tuyos. ¡Qué de particular tiene que llores en la noche oscura, y que las lágrimas amargas rueden por tus mejillas!

¡Nada de extraño tiene que «tus predilectos emigren porque la aflicción los empuja, y es mucha y muy grande «su servidumbre» andan «errantes» entre gentes «desconocidas» y no hallan «reposito»: los enemigos les han «cazado en las redes de la angustia.»

Los caminos de tus «templos», ciudades santas «de Sión» loran, se entristecen en muchos pueblos, porque no hay, o son muy pocos, quienes vayan a las «solemnidades» de la

Por eso más que nunca en estos días de tan sombría y triste conmemoración hay que proclamar muy alto el crimen terrible de los que arrastran al proletariado a la sangrienta lucha de clases, y hay que proclamarlo precisamente en nombre del Cristianismo que es doctrina de Paz. Más que nunca en estos días hay que rechazar toda ignominiosa comparación entre los que predicán odio y rencor y la Divina Figura de Jesús que murió por Amor, predicando Amor y derrochando Amor.

F. S. MATAS.

Santa Misa parroquial: muchos de esos templos han sido incendiados, destruidos «sus puertas»: el clero perseguido y gimiendo bajo el peso del desprecio y desautorización «oficiales»: las religiosas y religiosos despojados de «sus bienes», escualidos y oprimidos por la más «negra amargura.»

Tus enemigos, ¡oh España católica! han asestado sus tiros diabólicos contra «la cabeza» espiritual; han arrojado al Primado, Pastor vigilantísimo, y luego «se han enriquecido», o han tratado de ello «despojando» a la Iglesia de «sus bienes.»

¿Y por qué, Señor, tanto mal para España? Ah...! «quia Dominus locutus est super eam propter multitudinem iniquitatum ejus.» El Señor «nos ha visitado con azote de hierro» por la multitud de nuestros pecados e iniquidades «particulares y oficiales.» ¡Qué triste y «lamentable» es todo esto! Pero lo es más aún el que «nuestros niños, ante nuestra misma presencia, estén «cautivos» en la Escuela única y laica, y no podamos conseguir siquiera «la libertad de enseñanza»: «parvuli ejus ducti sunt in captivitatem, ante faciem tribulantis.»

¡España, España, conviértete al Señor, tu Dios!

¡España amada, tan bella y hermosa en otros tiempos! soberana de dos mundos: plétórica de ideales y hermosuras espirituales, morales, sociales: tan admirada de «todos» por aquella tu grandeza... hoy se ha ido de tí, hija de Sión, toda esa belleza, toda esa hermosura: tus «grandes hombres» o se han llamado, o siguen «como rebaños» «velut arietes» a «falsos pastores», y ante la avalancha del enemigo que viene detrás han

huido, se han llamado «absque fortitudine», amilanados, «acobardados».

Y por eso no es de extrañar que tu, Patria mía, «recuerdes», algún tiempo después, los días de tu aflicción, y la prevaricación de tantos y tantos «buenos deseos» como tenías desde hace ya tanto tiempo, y que se han frustrado al caer «el pueblo» en la «mano hostil del liberalismo, socialismo y comunismo» y no tengas, el parecer, auxiliador «fuerte» que te arranque a ese «pueblo bueno y sano» de esa mano «hostil»; y de que encima «el enemigo se ría y refocile» de esa deschristianización del pueblo español.

España, patria querida, has pecado con el pecado más grave, y por eso «vacilas en tus cimientos, que son la religión, la familia, la escuela, la propiedad particular, el orden, el trabajo». Todo eso te hacía antes ser respetada, y por eso te glorificaban. Más al ver hoy esa tu ignominia «te desprecian» y tu «retrocedes» gimiendo. «Tienes sucios los pies»; que es tanto como decir que «das pasos equivocados» y no te acuerdas de tu fin: estás desamparada, no tienes quien te «consuele»: Señor, exclamas, mira mi aflicción ante el triunfo de mi enemigo.

¡España, España, conviértete al Señor, tu Dios!

Más, más, España idolatrada. De condescendencia en condescendencia, de contemporización en contemporización en todos tus deseos has alargado la mano al enemigo y este se ha metido «en tu santuario»; y eso que te tenían preceptuado que no entraría. Y a consecuencia de esa invasión, y como castigo, «Omnis populus ejus gemens et quaerens panem» «todo el pueblo gime y está triste y «desea» pan». Y eso que los «reden-

ANTE LA CRUZ

¡Padre, perdónalos que no saben lo que se hacen!

Palabras sublimes las pronunciadas por el Divino Redentor cuando colgado del madero de la Cruz era aun; no ya herido hasta la saciedad, sino también escarnecido grandemente con burlas y ademanes por parte de sus verdugos.

Gran enseñanza para los católicos la del Hijo de Dios que nos mostró cómo no debíamos perdonar hasta a nuestros enemigos más irreconciliables. Jesucristo fué mortificado y muerto por envidia; hoy sus discípulos, los católicos, somos también perseguidos pero no debemos por eso claudicar ni renegar de nuestra fé, antes al contrario las persecuciones deben servirnos para fortalecernos en nuestras creencias, y si los enemigos se ensañan con nosotros no hemos de hacer otra cosa sino poner nuestros ojos en el Crucifijo y exclamar como é: «¡Padre mío, perdónalos que no saben lo que se hacen.»

¡Si eres hijo de Dios baja de la Cruz!

En esta petición de los judíos están retratados con gran propiedad los católicos tibios.

Son algunos por desgracia los que quieren que todo les venga por arte de encantamiento, y más todavía los que esperan un milagro para librarse del yugo que les oprime. Estos son como los judíos que pedían a Jesús descendiese de la Cruz para creer en él; son de los que sin sembrar esperan recoger abundante cosecha, sin hacer el menor caso de los avisos que por boca de los autorizados se les han hecho a fin de que aporten su cooperación a la empresa de conservar aquello que Jesucristo instituyó con su pasión y muerte.

¡Crucifícale!! ¡Crucifícale!!

¡Cómo resuena ahora en nuestros oídos esta frase! Cuando el Gobernador de Roma presentó a Jesús ante el pueblo éste exclamó: ¡Crucifícale!

Aquel pueblo como otros muchos no supo lo que decía. Poco antes había aplaudido y vitoreado a Jesús; después lo escarnecía y pedía su muerte por intrigas de los ancianos escribas y fariseos.

Huelga el comentario porque la historia se repite.

FELIX MARTIN PAVAT.

tores de ese pueblo» ad refocillandam animam, para engañar a ese pueblo le prometieron darle «cosas preciosas», mucho oro, muchas riquezas, hacerle a ese pueblo «soberano». Y tu ahora, España mía, en un arranque de sinceridad exclamas: «Vide, Domine, et considera, quoniam facta sum vilis». «Señor, mira que me han reducido a un estado de vileza incomparable».

Y a los que pasan por el camino, «a los extranjeros», les dices: «O vosotros todos los que pasáis «junto a mí» atended y ved si hay dolor semejante al mío: estoy como viña «vendimiada», porque me han podado y roído todos los racimos de doradas uvas que engendraban «virgeros» y «héroes» y «santos» y «guerreros» y «profundos estadistas». Todo ello me lo anunció el Señor en «el día del furor de su ira».

Tan dolorida te encuentras, patria mía, que en el paroxismo de ese dolor exclamas: «De ex illo mihi tignem in ossibus meis, et erudit me; expandit rete pedibus meis, convertit me retrorsum: posuit me desolatam tota die morere confectam». ¡Tus huesos calcinados! ¡cadenas en tus pies! ¡sola, anegada en amargura todo el día! ¡Triste situación! ¡Vida desdichada!

Y para colmo de tus males «reconoces» que el Señor sabía en lo que estribaba el yugo de tus pecados, y por su mano te rodeó tu cuello con esos pecados y te los impuso; y tu virtud «flaqueó» y te ha puesto bajo una «férula» de la que no puedes «surgir».

¡Oh, España, España, no desconfes tanto. No dudes de la gran Misericordia Divinal

Convertere ad Dominum Deum tuum. Conviértete al Señor tu Dios.

¡Sé de verdad católica en todos los órdenes y aspectos de la vida!

JULIÁN JIMÉNEZ Y JIMÉNEZ, Párroco.

Próxima apertura de los **ALMACENES** de Mercería y Paquetería de
ARTURO GONZALEZ Reyes Católicos, 10 y 12.

BANCO DE AVILA
 Domicilio social: SAN SEBASTIAN
 SUCURSALES
 MADRID - AVILA - ARÉVALO -
 CEBREKOS - PIEDRAHITA

Banca. — Bolsa. — Cambio. — Descuentos. — Negociaciones.
 CUENTAS CORRIENTES CON INTERES.—Para disponer a la vista, a ocho días, a noventa días y a seis meses, que devengan el más alto interés dentro del corriente en Banca. Los cuenta correntistas reciben para disponer de sus talonarios de cheques nominativos y al portador.

DEPOSITOS.—En custodia de Fondos públicos y de toda clase de valores mobiliarios, encargándose el Banco del corte, factura, presentación y cobro de cupones y de la revisión de las listas de amortización.
 COMPRA-VENTA.—En las Bolsas de España y del extranjero de toda clase de Fondos Públicos y valores industriales.

GIROS.—Servicio completo de Giros sobre las principales plazas de España y del extranjero.
 Suscripciones a empréstitos. Pago de cupones. Pago de títulos amortizados. Renovación de títulos. Noticias e informes sobre los valores a los clientes que lo soliciten. Cambio de monedas de oro y billetes extranjeros. Pago de billetes premiados de la Lotería nacional.

Caja de Ahorros: Interés 4 por 100 anual. Domicilio en Avila: **SAN SEGUNDO, 8, 10 Y 12.**

Grandes Comercios de tejidos, paquetería y confecciones de
Félix Grande, Hijos de L. Gómez y Comp.ª
 Tomás Pérez, 5 y Reyes Católicos, 23
AVILA

Esta casa es la que presenta mayor surtido en lanería de señora. Crespones Sidi. Crep Haiti estampado. Pañería para caballero y grandes existencias en confecciones de señora y niños
 Esta Casa es la más antigua, la que tiene más existencias, la que dispone de mejores comercios, la que mejor compra y la que vende más barato.

Precio fijo

LA PAJARITA **CORAZONES DE SANTA TERESA**
 Premiados en Londres y Roma
TELEFONOS 121 y 145.

BANCO CENTRAL
 ALCALA, 31.—MADRID

Teléfonos 11140, 11149 y 18282 :: :: Apartado 339
 AGENCIA GOYA, 89 (ESQUINA A TORRIJOS)
 Capital autorizado..... 200.000.000 de pesetas
 Capital desembolsado..... 60.000.000
 Fondos de reserva..... 20.500.000
SUCURSAL DE AVILA: Plaza de Santa Teresa, 10. Teléfono 65

Créditos y descuentos.—Se conceden con firmas acreditadas, con garantía de valores, y sobre resguardos de depósitos constituidos en nuestras cajas.
 Cuentas Corrientes.—Este Banco abre cuentas corrientes a la vista y a plazos, en pesetas y en moneda extranjera, abonando los tipos de interés corrientes en banca.
 Consignaciones a vencimiento fijo.—A plazo de tres, seis meses y un año, con distintos tipos de interés
 Caja de Ahorros.—En Libretas desde una peseta, con interés de cuatro por ciento anual.
OTRAS OPERACIONES
 Descuento, cobro y negociación de letras sobre todas las plazas de España y del Extranjero. Compra-venta en las Bolsas de España y del Extranjero de toda clase de valores del Estado e industriales. Descuento y cobro de cupones. Giros y cartas de crédito sobre todos los países del mundo. Cambio de monedas y billetes extranjeros. Pago de billetes premiados de la Lotería Nacional. Seguros de cambio. Suscripciones a empréstitos, y en general todas las operaciones de banca. ADMITIMOS depósitos de valores, encargándose el Banco del corte y abono de cupones.

Senén Martín
 LIBRERIA Y OBJETOS DE ESCRITORIO, ARTICULOS CON RECUERDO DE AVILA Y DE SANTA TERESA.
 Plaza de la República núm. 1

HOTEL INGLÉS
 ::: Agua corriente caliente y fría en todas las habitaciones :::
Baños
 TELEFONO 5 CATEDRAL, 4

Imprenta y Encuadernación
Senén Martín Díaz
 Central: AVILA — Sucursal: MADRID
 Plaza de José Tomé, 2 Calle de la Cabeza, 38

Isidoro García
 Peluquería de Señoras
 Reyes Católicos, 35

¿Cuál es la Sastrería que más trabaja en Avila? ¿No hay que dudarlo, la de **Jesús Jiménez**. ¿Por qué? Tampoco hay que dudarlo, porque el público se ha convencido que es la más económica, la que más surtido presenta y donde mejor lo hacen.
 Cortador de primer orden ::: Confección esmeradísima
Jesús Jiménez Hernández
 Reyes Católicos, 5

JOSÉ REGALADO
 MERCERÍA, PAQUETERÍA, GÉNEROS DE PUNTO Y PERFUMERÍA.
 ESPECIALIDAD EN RECUERDOS DE SANTA TERESA Y OBJETOS PARA REGALOS.
 Reyes Católicos, 24

BANCO DEL OESTE DE ESPAÑA
 DOMICILIO SOCIAL: SALAMANCA
 Calle de Zamora, 2.—Edificio de su propiedad
 Capital: 10.000.000 de pesetas (TOTALMENTE SUSCRITO)
 Sucursales: AVILA, Alba de Tormes, Béjar, Ciudad Rodrigo, Coria, Hervás, Jaraiz de la Vera, Miajadas, Peñaranda de Bracamonte, Plasencia, Valencia de Alcántara, Vitigudino y Zafra
 Principales operaciones que realiza este establecimiento: Cuentas corrientes a la vista y a plazos en moneda nacional y extranjera.—Descuento

y negociación de letras.—Cobro y descuento de cupones y títulos amortizados.—Compra-venta de toda clase de fondos públicos y valores industriales en las Bolsas de Madrid, Barcelona, Bilbao, Paris, Londres, New York, etc.—Aceptaciones, domiciliaciones y créditos en las principales plazas bancarias del mundo.—Préstamos y cuentas de crédito con garantía personal, de fondos públicos, valores industriales, moneda etc.—Giros, cartas de crédito, órdenes telegráficas, etc.—Depósito de valores, suscripciones a empréstitos, canje y renovación de títulos, conversiones, etc.—Custodia de títulos y valores.—Negociación de francos, libras, marcos, dólares, escudos, etc.—Afianzamiento de cambio, seguros de emisión, y, en general, toda clase de operaciones de Banca y Bolsa.
 Caja de Ahorros: Cuatro por ciento de interés anual
 Imposiciones ordinarias a tres meses, seis meses, un año, dos años, etc. abonándose interés tanto más elevado cuanto mayor sea el plazo de la imposición.
 Depósitos voluntarios en efectivo.
 Huchas de Ahorro: Las facilita gratuitamente el Banco.

SUCURSAL DE AVILA
 CONSEJO LOCAL DIRECCIÓN
 D. Angel Mangiano Amores Bueno, D. Federico Fernández R. Dans, Director.
 D. Abilio Calderón Martínez-Azcoitia, D. Esteban Paradinas López, Director-Adjunto,
 D. Francisco Ramírez y Bernaldo de Quirós, D. Francisco González Martín, Apoderado, D. Pedro Cecilia Martín, idem.
HORAS DE CAJA
 Mañana: De 9 y 1/2 a 1 y 1/2. Tarde: De 3 y 1/2 a 5.

GRAN SASTRERÍA
 Enrique Jiménez Vaquero
 VISITE LA EXPOSICIÓN QUE PRESENTA ESTA CASA LOS DÍAS JUEVES Y VIERNES SANTO
 FIJESE EN LOS PRECIOS
 Reyes Católicos, núm. 40 Teléf. 31

B. SANCHO **PRECIO FIJO**
 Reyes Católicos, 22-Avila
 Novedades. Géneros de punto. Perfumería. Artículos para regalos.
 Gran surtido en Camisería. Corbatería y artículos para caballero.
Casa recomendada en Medias

FRANGISCO LOBO
 Droguería y Perfumería
 Gran surtido en artículos para la limpieza, especialidad en la preparación de pinturas en los distintos colores.
 Reyes Católicos, 27

LA FLOR DE CASTILLA Yemas de Santa Teresa
Telefonos 1, 5 y 8



LA SEMANA SANTA EN AVILA Y SU PROVINCIA

COSTUMBRES TÍPICAS. — LOS "VELADORES" DE PASCUALCOBO.—LA COFRADIA DE ANIMAS Y ANGUSTIAS DE ARÉVALO

En nuestra provincia, como en todas las de España, se celebran procesiones y ceremonias en esta semana, y aunque carezcan del esplendor de las de otras localidades, aunque no revistan el lujo de las de Andalucía, ni se posean en nuestros pueblos pasos del mérito de los que en otras partes se ostentan, no dejan por eso de presentar ciertas características particulares, las cuales les prestan cierto valor local, que proviene en no pocas ocasiones de tiempos remotos y se ha conservado con el respeto que en Castilla se tiene a todo lo tradicional, respeto justísimo, pues ya se sabe que hablar de tradición en Castilla es hablar de glorias patrias, de grandezas o de heroísmos. Y, sobre todo, se ha conservado y se conserva en nuestra provincia el fervor extremado y la fe maravillosa que llevaron a nuestros mayores a realizar, en nombre de Dios y de Castilla, las más magnas gestas que registra la Historia; fervor y fe que anualmente se reaniman durante los cultos y ceremonias de la Semana Santa.

Por doquier, en la Capital como en la Moraña, en el distrito de Cebreros como en el de Piedrahita y en el del Barco como en el de Arévalo, se puede contemplar en esta Semana una undnime explosión de los sentimientos religiosos del pueblo que los pone de manifiesto en rezos de Rosarios y Via Crucis, en el acompañamiento a las imágenes, en visitas a los Monumentos y en los cantos de alegría del Sábado de Gloria y Domingo de Resurrección.

Ofrecemos a nuestros lectores algunas de las costumbres tradicionales de estos días más curiosas en nuestra provincia.

LA SEMANA SANTA EN AVILA EN LOS SIGLOS XV Y XVI

Indudablemente la Semana Santa en la antigüedad tuvo en nuestra ciudad una gran importancia a juzgar por lo que dicen las crónicas que hemos visto en nuestras indagaciones periodísticas.

A parte del esplendor que dió a estas fiestas el elemento oficial, es digno de tener en cuenta el cariño que, para con las fechas en que se conmemora la Pasión y Muerte del Redentor del mundo, guardaban los artesanos de Avila, cuyas cofradías debieron ser las precursoras de las que actualmente existen en Avila, casi todas ellas integradas por obreros.

En la iglesia de San Nicolás estaba establecida la de los Hortelanos, la cual poseía cuatro pasos, a saber: La Oración del Huerto de los Olivos, el Descendimiento, la Dolorosa y el Santo Sepulcro. El primero es seguramente el que hoy existe en el Humilladero, el Descendimiento y la Dolorosa se conservan en su iglesia primitiva, y el Santo Sepulcro se venera en la iglesia de la Magdalena.

En la parroquia de San Pedro estaba domiciliada la cofradía de los carpinte-



IMAGEN DE SAN JUAN, QUE FIGURA EN LA PROCESIÓN DE JUEVES SANTO EN AVILA.

(Cliché Fuentetaja)

ros que debía tener por patrono a San José, pero que además rendía culto a Jesús con la Cruz a cuestas. Los tejedores de la hermita de San Julián o sea la cofradía de la Carda y el Peine (actualmente de Nuestra Señora del Consuelo) veneraban también las imágenes de la Verónica y San Juan Evangelista. Los herreros cuya cofradía radicaba en la iglesia de Santiago, tenían por patrono a Jesús en la Flagelación; y por último Vera-Cruz y Caridad, que así se llamó en otro tiempo, poseía los pasos de la Santa Cruz, la Dolorosa y el Crucifijo.

A distintas horas de la noche del jueves Santo, y aprovechando sin duda la circunstancia de no cerrarse los templos por estar el Santísimo Sacramento a la veneración del pueblo cristiano en el Monumento, eran trasladados los pasos anteriormente citados a la Catedral llevando los hermanos de las distintas cofradías velas encendidas y entonando de tiempo en tiempo versículos del Miserere. Algunos de los cofrades, y sobre todo aquellos cuya posición era un tanto desahogada, rivalizaban en vestir trajes de soldados romanos y centuriones y otros acompañaban a la procesión con su indumento usual.

Al llegar a nuestro primer templo los pasos quedaban instalados en la capilla mayor, siendo custodiado cada uno por una comisión de la hermandad respectiva, hasta su devoción a su punto de origen.

En la tarde del Viernes Santo después de las tinieblas (que por regla general finalizaban ya entrada la noche), se organizaba la procesión del Santo Entierro, de la que formaban parte todos los pasos citados, a los cuales acompañaban soldados y centuriones así como hermanos con velas encendidas. También asistían los cabildos de párrocos y Catedral presididos por el Prelado, quien comúnmente oficiaba de pontifical en la procesión, y los corregidores de la ciudad. Al lado del Santo Sepulcro se situaban «las lloronas», mujeres ataviadas con manto negro cuya misión era llorar incesantemente durante la procesión. La comitiva recorría diversos templos rezando en cada uno una estación del Via-Crucis, y por último el Miserere.

Ya de madrugada finalizaba el acto que, según dicen las crónicas, era presenciado por numerosísimo público, y después se devolvían los pasos a sus respectivos templos con el mismo ceremonial que el día anterior.

Años más tarde todas las cofradías que poseían pasos se fusionaron con Vera-Cruz, de donde partió la idea de celebrar la procesión el Jueves y Viernes Santo por entender que había pasos como la Oración del Huerto que no debían figurar en la del Entierro, naciendo entonces probablemente con hermanos de algunas de las anteriores la Cofradía de Angustias y Santo Sepulcro.

De nuestras investigaciones esto es lo que hemos podido coleccionar. ¿Por qué desaparecieron aquellas piadosas costumbres? Lo ignoramos puesto que no hemos encontrado documentos que lo expliquen, y además entendemos que nuestra misión ha de ser sólo y exclusivamente narradora.

LUCIO RISCO



PASO DE LA VERÓNICA DE LA COFRADIA DE VERA-CRUZ (AVILA)

(Cliché Fuentetaja)

EN PIEDRAHITA

Mientras el libertinaje no desmorone a un pueblo conduciéndole a la barbarie y por la barbarie a la ignorancia selvática, mientras un átomo de civilización impida que la ciencia médica, por ejemplo, sea suplantada por la curandería y la Astrología por la pronósticación de los cabrerros y la ciencia de Pitágoras por la cuenta de la vieja e igualmente que el rico arsenal de sabiduría y emoción cristiana sea ahogado por la burda superstición pagana a cargo de brujos analfabetos; mientras la razón humana no sufra universal colapso y las estrellas del cielo sigan iluminando la tierra y los hombres deletratando al menos la Historia y la Historia bañándose en sangre de mártires y en los fulgores del pensamiento puro, sin lastre de pasión... la Sangre del Redentor y la idea de la Divinidad serán dos realidades que nunca dejarán tranquilos el corazón y la memoria de los hombres.

¡Semana Santa! Si de las vastas soledades de los campos castellanos pudo decir el lírico Insigne Gabriel y Galán «aquí se siente a Dios», en la profunda meditación del alma de Castilla entregada estos días a la Realidad de un Recuerdo y al Recuerdo de una Realidad tan colosales como la Tragedia del Gólgota, podemos decir: en estos días se siente a Cristo porque Cristo revive en el alma y en las costumbres de Castilla.

Piedrahita, la perla del Corneja, la villa simpática y hospitalaria del Duque y del Palacio, de rancio abolengo caballeresco remozado de cierta coqueta modernidad, alegre como una sonaja y bonita como un clavel andaluz recostado en la esmeralda de la sierra virgen, al igual que el festo de los pueblos del partido, aviva los recuerdos y siente hondo y remansa la cascada de su sonrisa fácil y argentina porque siente dentro las salpicaduras de la Sangre Divina, el luto del espíritu y el espasmo de la sublimidad religiosa.

Siempre ha sido magnífica y edificante la visión del partido de Piedrahita en los días augustos de Semana Santa. Nunca hubo diferencias de sexos, de clases, ni de paridos para hacinarse en apretado haz y sentir intensa e íntimamente el lazo de la fraternidad divina de los hombres y entregar el corazón al Crucificado y ofrendar a su Madre Bendita, al tránsito procesional del crepúsculo, una lágrima tierna y viril, bien que se asomara a los ojos femeninos o infantiles como una rosa

sangrienta en plena floración, bien que como una violeta, pequeña y delicadísima, quedara escondida en el búcaro del corazón fuerte de los hombres.

En la mayor parte de los pueblos se procura estos días el mayor esplendor litúrgico de las fiestas religiosas. Además de los divinos oficios prescritos por la Iglesia y que en todas partes se celebran, en este país es muy frecuente encargar la Semana Santa, es decir, celebrar las procesiones tradicionales de Jueves y Viernes Santo y de Resurrección y predicar los sermones del Mandato, después del lavatorio del Jueves que hacen día festivo, de descanso y de voluntario ayuno y abstinencia; el de Pasión, generalmente histórico, a la salida del sol del Viernes, antes que los labriegos vayan a sus faenas, advirtiendo que es imponente la asistencia y religiosidad con que se escucha la palabra divina y edificantísimo el austero ayuno que observan hasta los hombres trabajadores y los mismos niños; el sermón de Soledad que se predica después de la procesión del atardecer o del anochecido, al que concurre inmenso gentío ávido de las grandes emociones del dolor humano sublimado por la grandiosidad religiosa de la Virgen Madre, por último el de Resurrección, impregnado de alegría y de esperanza, como un eterno aleluya al eterno triunfo de la vida sobre la muerte que entona el alma cristiana ante el Sepulcro vacío.

Cuando en representación del pueblo cristiano acudían oficialmente las autoridades civiles, era general costumbre entregar al sacerdote, al ofertorio de la misa del Jueves, los bastones de mando para ser colocados en forma de cruz aspada ante el Monumento, simbolizando el último por qué de la autoridad y la Santa Doctrina en que habían de inspirarse para gobernar con rectitud y justicia.

Como cosas típicas merecen, entre otras varias, destacarse las siguientes: **En Villafranca de la Sierra.**—Al toque de oración de la tarde, en los días del Jueves y Viernes Santo, el alguacil de la Cofradía Sacramental, pulsando una campanilla ronca, recorre las calles pregando: «Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del altar. Hay juicio, infierno y gloria. Por la sangre que Cristo derramó, que nadie se acueste esta noche en pecado mortal».



PASO DE LA ORACIÓN DEL HUERTO (PIEDRAHITA)

En Bonilla de la Sierra.—Grande afluencia de los pueblos limítrofes. Acto extraordinariamente conmovedor y típico Viernes Santo a media tarde. Sobre una plataforma se yergue una Cruz colosal; sobre la Cruz el Crucificado. Dos sacerdotes o, a falta de éstos, seglares, al lado de la imagen. Otro sacerdote sube al púlpito para predicar del Descendimiento. En consonancia con el sermón, gráficamente los ministros desclavan los brazos del Redentor y le despojan de los atributos. Hay momentos de una emoción silenciosa pero indescriptible, algo como un hormigueo nervioso, como un estremecimiento de corriente eléctrica... Los niños llevarán durante la procesión en sus manos de ángel los instrumentos del divino martirio. Ya han depositado el cadáver en el sepulcro y va a procederse al Santo Entierro. Bajo palio negro llevan al sepulcrado. Abriendo paso y cargado con la cruz ingente va, descalza, una persona... una cualquiera... una de las que han hecho voto o promesa de sudar un rato por amor a Cristo con el peso de la Cruz; tras ella, otras dos portando las escaleras que utilizarán para el descendi-



NAZARENOS QUE FIGURAN EN LA PROCESIÓN DE PIEDRAHITA.

miento y también dos caballeros vestidos de frac y con sombrero negro que llaman de ministro, enarbolando dos banderas negras, que, al regreso de la procesión, se tienden en el suelo para que sobre ellas entre en el templo el Santo Sepulcro.

Es digno también de notarse que desde media noche del Viernes hasta el filo del amanecer, cuatro cofrades de la Vera-Cruz, saliendo de la ermita de la Pasión, vestidos de túnica con capuchón negro, recorren las calles de la procesional carrera denominada Estación Mayor, con un sepulcral silencio interrumpido únicamente por las tristes notas de un tambor destemplado, una trompeta y una campanilla enfundada y por los Credos que uno de ellos va rezando en alta voz. ¡Oh! con qué piadosa emoción, entre las sombras de la noche evocadora, al paso de los cuatro noctívagos, se abren ventanas o balcones para rezar credos a los ténues resplandores de una luz encendida... Van también pregando la sentencia demerite de Jesús. Y al oírlo, se hacen luces en la noche... Y las almas se encienden como misticos luceros. Y tiemblan y se rasgan como estrellas...

En Pascualcobo.—Entre las muchas costumbres típicas de este pueblo, merece destacarse la que tenían los veladores, aguerridos jóvenes, que habiendo cumplido el servicio militar, se ofrecían a velar al Santísimo todo el tiempo que estaba en el Monumento, con sus uniformes militares y presentando armas; los cuales así mismo escoltaban las imágenes del Santo Cristo y de la Virgen Santísima en las procesiones. En la del Jueves Santo los mozos formados en dos filas iban cantando los catorce romances de Lope de Vega y detrás de la imagen de la Virgen, algunos años, se han visto mujeres descalzas y con el pelo tendido, en cumplimiento de un voto, y también las desposadas de aquel año luciendo las galas de la boda.

¡Ah! También es inolvidable el momento de sumir la Sagrada Hostia: el sacerdote en la misa de Viernes Santo porque los veladores simulaban caer en tierra con sus armas.

Pero cuando el entusiasmo llegaba a su apoteosis era el día de Pascua empezando las jóvenes por mandar traer de las dehesas próximas el carrasquillo con el que habían de formar el Ramo. De madrugada mozos y mozas iban a la iglesia a rezar el Via-crucis, al toque de campana, colocando en el campanario o en el tejado del templo una bandera, como re-

uerdo de sus más caras ilusiones. Al tocar a misa, las jóvenes entregaban el Ramo que habían formado con el carrasquillo y adornado con una torta de bizcocho, rosas, naranjas y hasta con algunas avejillas vivas que iban balanceándose en él, al galán, apuesto mozo, ataviado con sus mejores galas, tras el cual se dirigían a casa del Sr. Alcalde donde esperaban a los demás Concejales y les cantaban coplas apropiadas para saludarles e invitarles a salir. Desde allí partían a casa del Sr. Cura y después de cantar otras coplas semejantes, iban todos a la iglesia, se hacía la procesión del Resucitado, acompañando las jóvenes a la Virgen con el Ramo que al terminar la misa era sustituido y de ordinario quedaba en su poder.

En Piedrahita.—Merece consignarse que las procesiones de la tarde del Jueves Santo y del atardecer del Viernes son concurrentes y de verdadera unción religiosa. En la primera salen los pasos de El Amarrado, Oración del Huerto, Dolorosa y Cristo con la Cruz a cuestas. Y en la segunda, el de la Crucifixión, escoltado por dos caballeros tunicados de negro, con capuchón y anifaz, portadores de los emblemas del Sol y de la Luna como símbolos del milagroso eclipse; el del Descendimiento; el del Santo Sepulcro, verdaderamente magnífico: el de la Virgen de las Angustias y el de la Dolorosa, a los que — como ángeles doloridos — acompañan catorce niños vestidos de Nazarenos, con corna y peluca, túnica morada con fiador y cíngulo amarillos, y dos niñas, de Magdalenas — como dos golondrinas de calvario — llevando cada uno un atributo de la pasión.

Hemos de resaltar la unánime piedad de la villa piedrahitense en la visita de monumentos y especialmente la aglomeración de caballeros a la Hora Santa que de once a doce de la noche se celebra el Jueves, quedándose velando en el templo las señoras hasta los primeros resplandores de la salida del sol del día siguiente.

Por último en Piedrahita y también en algunos otros pueblos, como Diego-Alvaro, en la tarde del Jueves se rezan ante el monumento multitud de Padre-nuestros que los fieles encargan por sus difuntos, dando la limosna acostumbrada. En Diego-Alvaro turnan en el rezo el Abad de la Cofradía de la Vera-Cruz y el Hermano Mayor, terminando con una estación al Santísimo Sacramento y asistiendo, además de todos los cofrades, las familias de los difuntos encomendados.

¡Semana Santa! ¡Pasión de Cristo! ¡Cómo remueves las entrañas piadosas, nobles y sentimentales de este querido pueblo español!

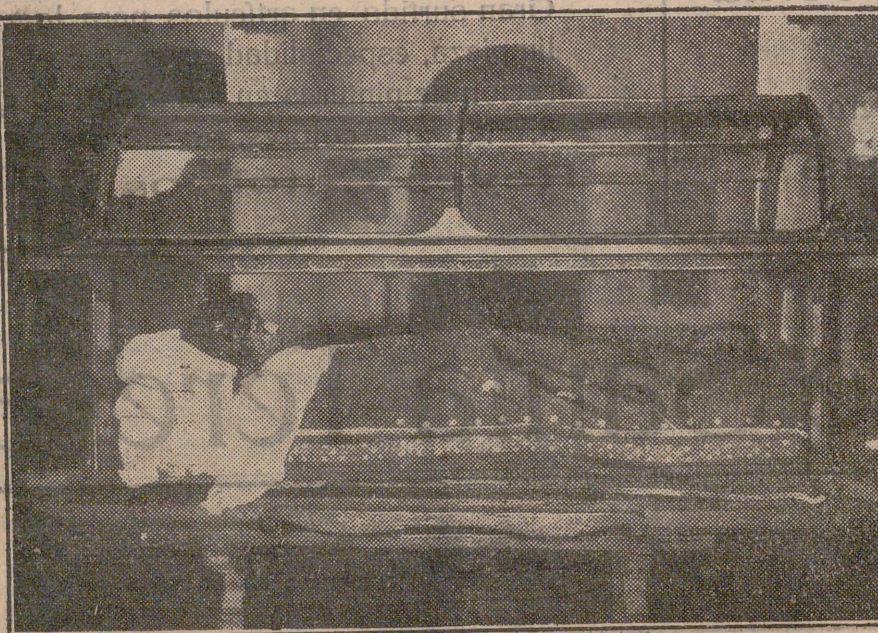
AGAPITO RODRÍGUEZ.

EN AREVALO

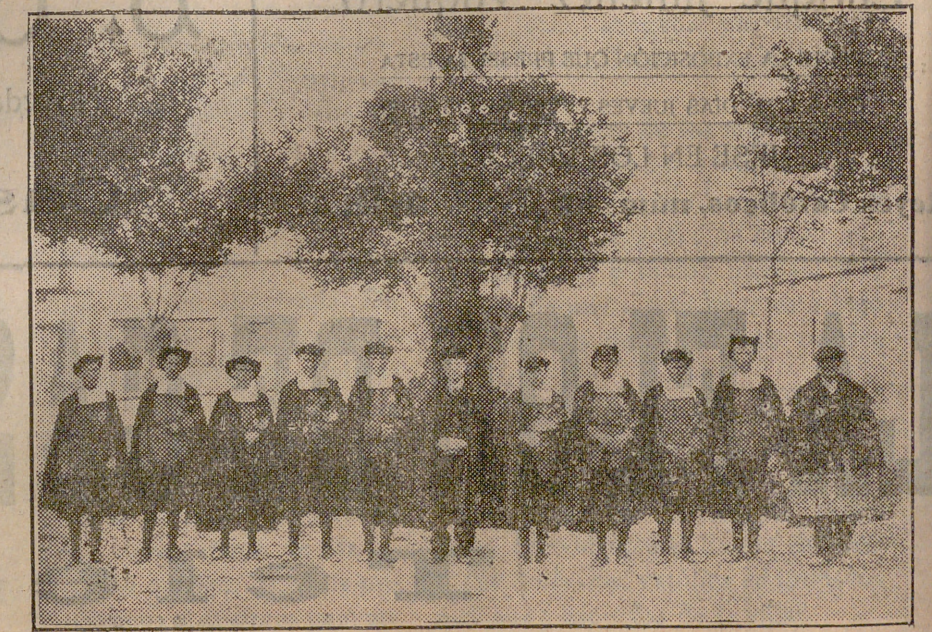
Arévalo, ciudad castellana por excelencia, ha tenido desde tiempo inmemorial tradicionales y curiosas costumbres para la celebración de la Semana Santa. Una de ellas se conservan y otras han pasado, pero prevalece el fervor de los arevalenses que en estos días dan a su pueblo el aspecto triste, propio de las escenas que anualmente vienen a recordar.

Una cofradía, que en la actualidad está compuesta por seis individuos, era la encargada de las procesiones. Se titulaba «la cofradía de Animas y Angustias» y fusionada con la de Vera-Cruz servían en los tiempos remotos para guardias de la Santísima Virgen de las

(Continúa en la página 8.ª)



PASO DEL SEPULCRO (ARÉVALO)



COFRADIA DE ANIMAS Y ANGUSTIAS CON EL TRAJE QUE VESTIAN HASTA PRINCIPIOS DEL SIGLO XX (ARÉVALO).

Hablas teresianas

En el día de Jueves Santo en que se conmemora la Institución de la Eucaristía

«Su Divina Majestad es tan amigo de amigos y tan Señor de sus siervos, que... ha buscado tan admirable invención como es el Santísimo Sacramento para mostrar lo que nos ama y para ayudarnos a pasar nuestros trabajos... ¡Qué cosa de tanta admiración, que quien hinchiera mil mundos con su grandeza, encerrarse en cosa tan pequeña! Como es Señor, consigo trae la libertad; y como no ama, hácese a nuestra medida...

No se quedó el Señor para otra cosa con nosotros, sino para ayudarnos y animarnos y sustentarnos a hacer esta voluntad (de Dios) que hemos dicho se cumpla en nosotros...

Cuando yo veo una Majestad tan grande disimulada en cosa tan poca como es la hostia... me admira sabiduría tan grande, y no sé cómo me da el Señor ánimo y esfuerzo para llegarme a El, si el que me ha hecho tan grandes mercedes no me lo diese...

¿Para qué hemos de ir a buscar (a Cristo) muy lejos? Si no nos queremos hacer ciegos y bobos, si tenemos más fe, claro está que está dentro de nosotros... Cuando no colmugáredes y oyéredes misa podéis comulgar espiritualmente, y es de grandísimo provecho, y recogeros después...

No suele Su Majestad pagar mal la posada, si le hacen buen hospedaje...

Si el alma está dispuesta una centellica que salte de este fuego eucarístico le abrasará toda...

Quien no llega a recibir al Señor, habiendo hecho lo que es en sí, que nunca le importune porque se le dé a conocer, pues obrando así no procura sino echarle de su casa...

Comunicar el Señor sus grandezas en el Sacramento, y darle sus tesoros, no quiere sino en los que entiende que mucho lo desean, por que estos son sus verdaderos amigos...

No se comunican las mercedes del que recibe el Santísimo Sacramento en pecado como a los que están en gracia, y no por que dejen de estar estas influencias en su fuerza, sino por falta de quien le ha de recibir, como no es falta del sol no resplandecer cuando da en un pedazo de pez, como en un cristal...

Mas si no hacéis caso de El, en recibiendo, con estar junto sino que le váis a buscar a otras partes, o a buscar otras cosas bajas, ¿qué queréis que haga? ¿Háos de traer por fuerza a que lo veáis y os estéis con el que se os quiera dar a conocer?... Harta misericordia nos hace a todos, que quiere entiendan que es El, el que está en el Santísimo Sacramento...

Es gran regalo estar ausente la misma persona, ver una imagen de Nuestra Señora o de algún Santo a quien tenemos devoción, cuanto más la de Cristo...

Mas acabando de recibir al Señor, teniendo la misma persona delante, procurad cerrar los ojos del cuerpo y abrid los del alma y miraos el al corazón, que yo os digo, y otra vez lo digo, y muchas veces lo diré, que si tomáis esta costumbre y procuráis tener limpia conciencia, que se os descubrirá del todo. Esta es de buena gana con el Señor, después de haber comulgado. Es esta hora de gran provecho para el alma, y en que sirve mucho el buen Jesús que le tengáis compañía; tened gran cuenta de no la perder...

Hay grandes secretos en lo interior cuando se comulga; es lástima que estos cuerpos no nos los dejen gozar...

Aunque no veamos al Señor en el Sacramento con los ojos corporales, muchos modos tiene de mostrarse al alma; por grandes sentimientos interiores y por diferentes vías... No está escondido de sus amigos...

La muerte de Jesús

(Leyenda oriental)

Era la hora sexta, el Calvario se hallaba invadido de una inmensa multitud de judíos y extranjeros. Soldados romanos, con sus brillantes lanzas y sus dorados cascos, hacían la guardia al «Rey de los judíos» y a los otros dos crucificados...

La multitud, cansada de emociones, acobardada y temblorosa ante el espectáculo imponente de la naturaleza conmovida, empezó a desfilar a lo largo de los senderos del monte, hasta ocultarse tras las murallas de la ciudad de David.

El silencio de las tumbas, interrumpido a menudo por los sollozos de María y Magdalena, reinaba cerca de la hora de nona en la célebre montaña.

Jesús, lleno de tristeza infinita y de dolores agudísimos, vibraba con su sangre la cruz bendita y miraba con sus ojos apagados a su Madre, y pronunciaban sus labios las palabras de su testamento, y su rostro moribundo ponía un lívido como el rostro de un cadáver, y la muerte empezó a cernerse con sus angustiosas agónicas sobre la venerable cabeza de Aquel que moría por dar la vida a los hombres.

Y entonces bajaron del cielo millones de ángeles, dejando en los aires brillantes estelas de luz y formando grandioso semicírculo, se postraron llorando en silencio delante de la cruz.

Y a una señal convenida se levantó uno de aquellos ángeles; y apartándose de sus celestes compañeros, extendió sus alas prodigiosas y se remontó por las alturas para llevar la noticia de la agonía de Jesús a toda la naturaleza.

Y el ángel subió al sol; y el sol eclipsó su luz majestuosa.

Y avisó a la luna y las estrellas, y las estrellas lloraron lágrimas de sangre y negaron sus resplandores a la tierra.

Viendo tan gran Majestad, ¿cómo osaría una pecadorcilla como yo, que tanto le ha ofendido, estar tan cerca del. Debajo de aquel pan está tratable; por que si el rey se disfrazaba, no parece que se nos da nada de conversar sin tantos miramientos y respetos; parece está obligado a sufrirlo, pues se disfrazó...

Si os congojáis porque no veis a Cristo con los ojos corporales, mirad que nos conviene, que es otra cosa verle glorificado a cuando andaba por el mundo. No habría sujeto que lo sufriese de nuestro flaco natural, ni habría mundo, ni quien quisiese parar en él, porque en ver esta Verdad Eterna, se vería ser burla todas las cosas de que acá hacemos caso...

No perdamos tan buena ocasión y nos lleguemos a El pues si cuando andaba en el mundo de sólo tocar su ropa sanaba a los enfermos, ¿que hay que dudar que hará milagros estando tan dentro de mí, si yo tengo fe, y me dará todo lo que le pidiere, pues está en mi casa?...

¿Pensáis que no es mantenimiento, aun para estos cuerpos, este Santísimo Sacramento, y muy gran medicina para los males corporales?...

Con este mantenimiento y maná de la Humanidad del Señor, si no es por nuestra culpa no moriremos de hambre, que de todas cuantas maneras quisiere comer el alma, hallará en el Santísimo Sacramento sabor, consolación y mantenimiento...

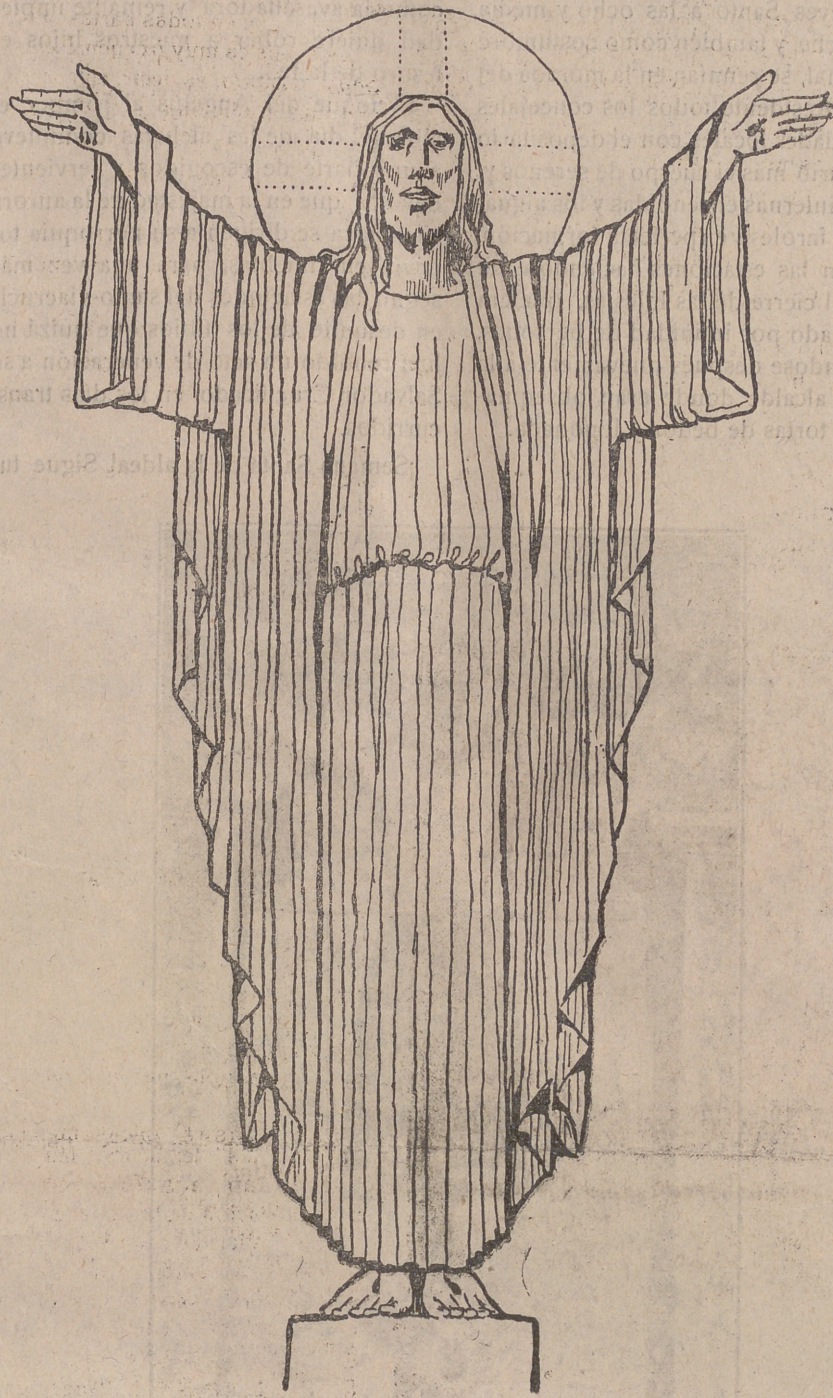
Pienso que si nos llegásemos al Santísimo Sacramento con gran fe y amor, que de una vez bastase para dejarnos ricos. Sino que no parece sino cumplimiento el llegarnos a El, y así nos luce tan poco...

TERESA DE JESÚS
Por la copia:
EMILIO SÁNCHEZ
Arcediano de Avila

CLAVADA EN EL ALMA

Una sola vez había visto a Jesús y oído su palabra. Fué aquella en que el Divino Maestro dijo a la turba que le cercaba: «¿Quién de vosotros podrá convencerme de pecado? Si os digo la verdad, ¿por qué no me creéis? El que es de Dios, escucha las palabras de Dios. Por esto no me escucháis, porque no sois de Dios.» Respondieron los judíos, y dijeron: «¡Bien decimos que eres samaritano y estás endemoniado.» Respondió Jesús: «Yo no estoy endemoniado, sino que honro a mi Padre, y vosotros me deshonráis.» Mas yo no busco mi honra; ya hay quien la busque y haga justicia. De verdad os digo: quien guardare mi doctrina no morirá jamás.» Dijéronle los judíos: «Ahora

conocemos que estás endemoniado. Murieron Abraham y los profetas, y tú dices: Quien guardare mi doctrina, no morirá jamás. ¿Eres, por ventura, tú más que Abraham, que murió, y que los profetas, que también murieron? ¿Por quién te tienes tú?» Respondió Jesús: «Si yo me glorifico, nada vale mi gloria. Pero es que me glorifica mi Padre, a quien llamáis vuestro Dios, y a quien no conocéis; pero yo sí que le conozco, y si dijere que no le conozco sería mentiroso como vosotros. Mas lo conozco y guardo sus palabras. Vuestro padre Abraham deseó con ansia ver mi día: lo vió y se alegró.» Dijéronle los judíos: «No tienes cincuenta años, ¿y has visto a Abraham?» Dijoles Jesús: «En



Y remontándose sobre los cielos, llegó al trono de Jehová. Jehová contempló a su bendito Hijo, a Aquel por quien hizo todas las cosas, luchando como un gigante con las olas del dolor y las agonías de la muerte.

Y el mensajero divino abandonó velozmente las alturas del empuje, y descendió al limbo de los justos; los justos se estremecieron de admiración y de pasmo, y con gozo sobrenatural y divino se dispusieron a recibir en aquellas mansiones del silencio la visita del augusto Huésped que esperaban.

Y siguió el emisario celestial descendiendo hasta llegar a los senos del infierno, y los ángeles rebeldes dieron alaridos de espanto y gritos de furor.

Y el ángel salió de aquellas tenebrosas regiones y cruzó la tierra con la rapidez del rayo, y avisó a los mares, y los mares bramaron con bramidos espantosos.

Y avisó a los árboles seculares de los bosques y a las flores de los jardines, y los jardines y los bosques perdieron sus aromas y sus colores, su verdor y su lozanía.

Y el ángel siguió su rauda vuelo por medio de las elevadas montañas y los profundos valles, y las montañas y los valles temblaron de dolor y de quebranto.

Y sin darse punto de reposo, dió parte a los vientos y a las aguas, y las aguas retrocedieron en su curso, y los vientos bramaron desencadenados y furiosos.

Y avisó a las aves del aire y a las fieras de los montes, y las fieras huyeron despavoridas a las entrañas de la tierra, y las aves se escondieron medrosas en la enramada.

Y llegó el ángel a la región de los muertos, y los muertos resucitaron, y levantándose de sus tumbas, visitaron las calles de la ciudad deicida.

Y recorrió toda la tierra y avisó a los judíos y los gentiles, y gentiles y judíos cesaron en sus trabajos y sacrificios, y dirigieron sus miradas hacia el Calvario, y retrocedieron espantados al ver a un Dios que moría desangrado y en medio de horribles amarguras.

Y después de haber dado noticia de la muerte de Jesús a todos los seres de la creación, volvió el ángel a ocupar su sitio en aquel gran círculo que formaban de rodillas sus compañeros de la gloria, alrededor de la cruz del Salvador.

Y en aquel sublime instante en que se reconcentraban en aquel punto las miradas del Creador y del universo, dió Jesús una gran voz y entregó su espíritu en las manos de su Padre.

Y todos los seres del cielo y de la tierra fueron testigos de aquella afrentosa muerte, porque en aquel momento grandioso dirigían sus miradas a la cruz del redentor el Dios de Jehová y los ángeles del cielo, el sol, la luna y las estrellas; los justos del limbo y los espíritus rebeldes del infierno; los mares, los bosques y los jardines; las montañas y los valles, los vientos y las aguas; las aves del aire y las fieras de los montes; los vivos y los muertos; gentiles y judíos...

Y hasta los siglos se dieron cita en el Calvario, y allí dirigen sus miradas los pasados y los presentes, los siglos futuros y la inacabable eternidad...

JAVIER DINOMOL

verdad, en verdad os digo: antes que Abraham fuese criado, yo existo.»

Y cuando los judíos, iracundos, cogieron piedras para arrojárselas a Jesús, nuestro mancebo se alejó visiblemente contrariado por la violencia de la muchedumbre y dulcemente turbado por las palabras del Nazareno.

Hasta los oídos del mancebo llegaron muchas veces noticias de los milagros con que Jesús rubricaba sus palabras de Vida Eterna: encendiendo la luz en las pupilas del ciego de Jericó, resucitando a Lázaro, desentumeciéndolo al paralítico de la piscina, limpiando a los leprosos del camino, resucitando también al hijo de la viuda de Naim... Pero nunca más había vuelto a ver a Jesús ni a oírle. Sin embargo, en el ocio y en el trabajo, en el sueño y en la vigilia, las palabras que se oyera y aquella su mansedumbre al ser apedreado por las turbas estaban vivas en su mente, turbándole y desasoségándole... ¿Por qué?, se preguntaba el mancebo... Inquietaba su alma, noble y delicada, por los grandes problemas del destino humano, jamás las palabras de los filósofos y retóricos griegos o romanos habían producido aquella dulce turbación y desasosiego espiritual.

Aquel día podía volver a ver a Jesús... Iban a ajusticiarle... Mas un secreto temor y una viva repugnancia a las escenas sangrientas de la crucifixión le retuvieron paseando por el patizuelo ajardinado de su casa en las afueras de Jerusalén. Mientras sus ojos, claros e inteligentes, posábanse, curiosos, en los giros que describían en el espacio azul las golondrinas que anidaban en su tejado, llegaba hasta él el vocerío ensordecedor que empujaba al Nazareno hasta la cruz.

Un esclavo le llevaba de vez en cuando, nuevas de la tragedia, con muestras de gran alborozo, porque al fin «el falsario de Nazaret» iba a morir en un patíbulo. ¡Un esclavo gozándose de la muerte de su divino libertador! Siempre el odio y la ignorancia revolviéndose contra el amor y la sabiduría...

—Señor, el Nazareno, debilitado por los sufrimientos, ha caído por tercera vez bajo el peso del madero... Los que le siguen le atropellan, le escarnecen, le escupen... ¡Será una lástima que se muera antes que le claven en la cruz!

El mancebo le miró con desprecio, alejándole de su presencia, y siguió, prendidos los ojos en el voltear caprichoso, sobre el espacio azul, de las jubilosas golondrinas.

El sol padecía eclipse y las tinieblas envolvían súbitamente el cielo... Los truenos tableteaban horrrisonos... Oscilaba la tierra, y parecía llegado el día último del planeta.

El esclavo penetró empavorecido buscando a su señor.

—Acaba de morir en cruz el Nazareno... El pueblo, amedrentado, huye en todas direcciones... Dicen que, sin duda, han dado muerte a un inocente cuando la tierra así se oscurece y tiembla y se abren los sepulcros y se alzan los esqueletos y chocan las piedras contra las piedras...

En el alma anegada en temores y confusión del mancebo, volvieron a resonar dulcemente las palabras que oyera a Jesús: «Es que me glorifica mi Padre, a quien llamáis vuestro Dios.»

Cuando la naturaleza húbese quietado en la noche de insomnio que siguió al día del deicidio, nuestro mancebo salió al patio ajardinado... Una golondrina vino a posarse en su mano diestra. Entonces sintió un vivo dolor como de picotazo... Y vió clavada en su carne una espina que aún conservaba fresca la sangre de la frente divina que había trucidado.

¡Y se mezclaron las dos sangres, la del Dios-Hombre y la del hombre arcilla, la del Redentor y la del redimido, la del divino Jesús y la del noble mancebo, que un día le oyera decir: «De verdad os digo: quien guardare mi doctrina no morirá jamás...»

Ahora su turbación sube de punto al ver su sangre mezclada con la de aquel que acaba de morir en un patíbulo y en aquella ósmosis maravillosa, la luz resplandeció en su alma cual una aurora que todo lo inunda e ilumina. Y vió, como el ciego de Jericó, y resucitó como Lázaro, a la nueva vida de la fe...

GERARDO REQUEJO VELARDE.

Reverencias de actualidad

La gran fiesta del dolor

Las fiestas de Semana Santa, fiestas místicas y románticas por excelencia, tienen todo su verdadero valor en las ciudades pequeñas, en las ciudades viejas, todas como ellas misticismo y religiosidad. Doblemente si a este marco tan extraordinario, tan excepcional, se une el ser sus esculturas de valor artístico, de aquellos célebres imagineros de antaño, como abundan en muchas de ellas completando su gran atractivo.

La fausta celebración de estos días santos, conmemorados por todo el mundo creyente, tiene un mayor encanto y efectividad alejados de las grandes ciudades, modernas y cosmopolitas, en las que la rauda vertiginosidad de sus días, cada vez más lógicamente acelerados, tanto y tanto desentona con el ambiente de la solemnidad actual.

De las procesiones celebradas en las grandes poblaciones, suntuosas, pletóricas de luces y de esplendor, con grandes y lujosas comitivas—como se celebraban hasta el año pasado en Madrid y Barcelona— a las de las otras ciudades más modestas, más recogidas, hay una grandísima diferencia.

La gran solemnidad de esta fiesta, mística y de recogimiento como ninguna otra, encuéntrase preferentemente en las segundas.

En la continuada asistencia a unas y otras, y hasta sólo con su evocación, nos convenceremos inmediatamente de la diferencia de valorizaciones.

Las procesiones de Semana Santa, son mucho más solemnes, mucho más edificantes, recorriendo las calles silenciosas, las plazas solitarias, los misteriosos callejones de las ciudades un poco más apartadas de esa materialidad dominante del gran mundo.

El espectáculo, el grandioso espectáculo de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, en éstas y en aquéllas, aun siendo el mismo, aun teniendo la misma representación—con la diferencia de calidades artísticas de los «pasos» que las componen—aun recogiendo el mismo sentir de unos y otros, de todos los suyos, un mismo en estas sublimes reverencias, no puede ofrecer mayores referencias.

La fe, el intenso fervor de la fe por lo que representan, que son, diremos mejor, días santos, estos días en los que necesitan un ambiente más recogido.

Lógicamente, en obediencia a los más recónditos sentires, los pueblos creyentes se entregan a esta fausta fecha con la mayor de las intimidades. ¿Qué mejor homenaje a SU gran dolor?

SANTIAGO CAMARASA.

Cómo celebraba Rusia la Semana Santa en otros tiempos

En la nación Rusa se celebraban antes del advenimiento de la dictadura bolchevista y de la persecución religiosa, diversas ceremonias con motivo de la Semana Santa, con arreglo desde luego al rito de la Iglesia cismática. La más notable era la procesión de las Palmas del Domingo de Ramos. En un carro llevaban un árbol muy grande cargado de manzanas, higos y racimos. Cuatro niños vestidos de sobrepelliz cantaban el Hosanna sobre el mismo carro. Detrás seguían los padres y los levitas, así como los principales vecinos de la población, y, por último, el patriarca, montado en un asno y cubierto de los más ricos ornamentos, representando a Jesús. A sus lados iban dos acólitos que le incensaban constantemente, y, a medida que avanzaba se extendían bajo la cabalgadura tapices y piezas de paño para representar las alfombras que los judíos arrojaban al camino que Cristo seguía cuando hizo su entrada en Jerusalén.

MEA CULPA

(Viene de la página 6.ª)

Frente a la Semana Santa el innato sentir de las gentes varía profundamente en una gama de representaciones que resultaría difícil analizar una por una. Hablamos en general, porque para el católico sincero y sobre todo consciente, consecuente con sus convicciones y creencias, no cabe dudar que el único sentido de estos días es el recuerdo y meditación de los misterios de sacrificio y amor que nos brindan las divinas jornadas de la Pasión de Jesús. Pero hay muchos católicos, muchos, no erramos seguramente al decir la mayoría, que no ven en la religión ese conjunto de sublimidades y grandezas que revelan de un modo indudable la existencia de todo un Dios a quien no solo debemos acatamiento y obediencia, sino respetuosa sumisión y enorme agradecimiento hasta en la más mínima de sus manifestaciones, si así es permitido hablar.

Por esto puede haber quienes ante el aniversario que la Iglesia conmemora de la pasión y muerte de Jesús no sienten con toda su intensidad el drama horrendo del Gólgota y ven en estas festividades un motivo de satisfacción de mundanos placeres tras la fórmula de una devoción superficial que cumplirán con escaso trabajo y menos preocupación. Para muchos la imagen de la Semana Santa no es precisamente la de Cristo clavado en la cruz, sino la de una mujer lujosamente ataviada con sedas y crespones bajo el manto de gasa de una mantilla española encuadrando la frescura de una cara joven y hermosa... y maquillada; quien piensa en la brillantez de unas procesiones que darán vida nueva y espléndida a su pueblo; quien imagina o calcula el beneficio económico que le espera en su comercio con la visita de forasteros y turistas; quien anhela estos días para conceder una tregua a sus quehaceres y dedicarla al descanso o al deporte; cual otro se apresta a exhibir lujos y galas con vanidosa ostentación de su porte o su dinero.

Qué pocos acogen en su ánimo el propósito de penitencia y arrepentimiento a que debiera conducirles la consideración de sus frivolidades con la pureza y santidad del amor de un Dios que quiso morir por nosotros para redimirnos con su sangre generosa; cuán contados son los que meditan y estudian las enseñanzas admirables de esas conmovedoras escenas de la Pasión; qué pocos concogen el devocionario y consagran a Dios su espíritu; qué pocos se reconocen en su propia intimidad para devolver a Aquél, que todo lo dió por ellos, un poco del amor que le deben, y escuchan las pláticas y sermones con la seriedad que merecen y leen las crónicas y relatos que tantas publicaciones dan a luz con verdadero espíritu cristiano. ¡Ah! la imaginación, los deseos, los propósitos, las aspiraciones de muchos que se dicen católicos no palpitan hoy ante promesas de más allá del mundo en que viven, y como el gusanillo gloton y miserable que siente crecer su ansiedad cuanto más se hunde en la podrida substancia en que vegeta, así muchos parecen más adheridos al barro terrenal de sus egoísmos y ambiciones, sin fuerzas ni estímulos para levantar las alas del corazón tras las promesas evangélicas que les ofrecen una vida eterna de gloria celestial.

¡Qué de extrañar son, pues, las convulsiones de una sociedad que de tal manera olvida su más sagrado deber, y que de extraordinario resulta que riñan y se maten los hombres entre sí cuando de tal modo se comportan con Dios! No se busquen soluciones humanas de concordia universal mientras a la vista del martirio divino, no sepan todos los católicos conmover su espíritu y reconocer: *mea culpa, mea culpa*.

EN EL CALVARIO

Y Cristo está allí, puesto en la Cruz, en medio de los dos famosos malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda, sobre la cumbre del Calvario. Y sobre su cabeza, que se inclina en la postrer hora de su agonía, — *Et inclinato capite tradidit spiritum*, dirá el evangelista San Juan, capítulo XVIII, — un cielo implacable, de livor trágico, abierto por el relámpago y el rayo al soplo ardiente de la tempestad, entre el fragor del terremoto que parte las piedras y agrieta las rocas, y el rumor sordo, como el de la mar en tumulto, de las hebreas y de los príncipes de los reyes, de los ancianos, de los jueces del Sanhedrin, de los doctores del Talmud, de los fariseos, de los doctores de la Ley, que se entrecrocaban en las plebeas, en torno de las que se paran sombríos, recogiendo sus mantos y se agachan debajo de los brazos cruzados.

Y la luna, más pálida y más triste que nunca, se aparece en el mejor del día. Y el sol se eclipsa con sangrientos celajes; y los sepulcros echan fuera de su seno a sus presas; y las tinieblas comienzan a espesarse sobre el tétrico valle de Josaphat; y muchos cuerpos santos que estaban en el reposo de la muerte resucitan y ambulan, envueltos en sus fúnebres sudarios, por las solitarias calles de Jerusalén, en las que todo es noche, pavorosa noche, anticipadamente. Y el Buen Ladrón ha pedido con supremo clamor esperanzado que el Cristo se acuerde de él cuando esté en su Reino. Y el Centurión desciende lentamente del Calvario hiriéndose el pecho y confesando a los cielos y a la tierra que Aquel que está allí, a la mirada de las muchedumbres, hace un momento agonizante y desamparado, entre dos criminales, puesto en un patibulo de ignominia, y que ahora acaba de ser víctima de la muerte, es verdaderamente el Hijo de Dios. Y María Magdalena la que *un-giera al Señor con un perfume*, (San Juan; XI, 2), y *enjugara los divinos pies con sus cabellos*, ahora sueltos y destrenzados por la espalda, convulsa, caída la cabeza, que está recibiendo gota a gota la sangre redentora, besa llorando, abrazada a la Cruz, los pies de Cristo. Y el dulce Apóstol, Juan, a quien El diera su propio corazón en el Cenáculo, — *supra pectus in vinu*, — y a su misma Madre en el Calvario, — *Ecce mater tua*; — y la Virgen, al pie de la Cruz, confunden sus dolientes so-

llozos con el hórrido estampido del terremoto y con el lúgubre clamor del huracán. Y blasfemaban al divino reo los que pasaban, meneando la cabeza, y diciendo: *¡Eal, tú que destruyes el templo de Dios y lo reedificas en tres días, sálvate a ti mismo. Si eres hijo de Dios, desciende de la cruz.*

¡Vere filius Dei erat iste!... *¡Hijo de Dios!*... «Cuando nuestra mirada penetra en los más profundos cielos constelados, — ha dicho un ilustre apologista francés, — llega a veces a distancias apenas calculables; pero el pensamiento va más allá, mucho más allá, y se abisma y se pierde en las inmensas lejanías siderales. Nuestros ojos descubren un punto último luminoso, es decir, un límite, y se detienen; ¡no pasan de ahí!» Pero ni el pensamiento ni la mirada de los siglos, por más que escudriñen y avizoren, pueden hallar un límite en la magnificencia altísima, eterna e infinita, de Cristo Jesús. Y cuantos intentaron conceptualizar a Cristo como un puro hombre, puesto como estrella de primera magnitud en la más excelsa jerarquía de los grandes y prestigiosos personajes históricos, antes se beberán, gota a gota, la inmensidad del mar; antes contarán una a una todas las lágrimas y todas las gotas de sudor y de sangre que fecundan y abren anchos surcos en la tierra; antes extinguirán en los altos cielos la luz de las hermanas estrellas; antes resucitarán del fondo de sus tumbas los muertos, antes de que logren — ¿cómo podía ser esto?... — desposeer a Cristo de la corona de su divinidad, ni al corazón humano de esta sobrenatural fe, de estos nobles amores, de estas supremas esperanzas y de estas consolaciones únicas, que ha puesto en los pasados tiempos, que pone hoy, y que pondrá perdurablemente en ese Ajusticiado pendiente de la Cruz; esa santa, esa bendita Cruz que es a modo del ¡Ecuador espiritual entre los dos polos del tiempo, entre el comienzo y la serie y el fin y acabamiento de las edades!

«Y ni en la tierra ni en los cielos hay otro nombre — diría San Pablo, (Act., Apost., IV, 2) — a no ser el nombre de Cristo Jesús, que nos pueda salvar.» Y no hay otro centro ni otro punto de apoyo para la humana raza sino El, que en frase del gran San Agustín, (Conf., lib. II, cap. VIII), «es el sublime ritmo de los tiempos»

¡De los tiempos, y de las almas!

ADOLFO DE SANDOVAL
Académico.

Angustias en el convento de la Trinidad (destruido por el año 1808 por los franceses) vistiendo los cofrades el traje de gollillas o alguciles antiguos, según aparecen en la fotografía, con su fiel, que tenía que asistir a todos los actos de capa, más el criado portador de una gran cesta en la que se depositaban los sombreros de los Mayordomos. Estas vestiduras se han venido usando hasta principios del siglo XX.

Las procesiones se celebraban con gran solemnidad y, terminada la llamada de los Pasos, la cofradía invitaba a las autoridades en forma original. Acudían éstas a la grada del Real; una vez allí no podían pronunciar palabra y al ser invitados tenían que hacer un movimiento de negación con la cabeza por dos veces hasta que el antiguo mandaba sentarse y entonces, o sea a la tercera vez de la invitación, se aceptaba, pronunciando el siguiente brindis: *La Virgen Santísima nos dé salud para hacer bien por las benditas ánimas*.

El Jueves Santo a las ocho y media de la noche, y también como costumbre tradicional, se reunían en la morada del alcalde-presidente todos los concejales y autoridades locales con el depositario y secretario más el cuerpo de serenitas y con las linternas encendidas y los alguciles con faroles y en perfecta formación, recorrían las estaciones haciéndose en el acto el cierre de las Iglesias, que era presenciado por infinidad de personas, trasladándose después nuevamente a la casa del alcalde donde eran obsequiados con tortas de bedor y limonada.

L.

en la fúlfida noche del Getsemani y muy penetrados del momento cumbre de todas las amarguras del Calvario; atribulados por el sudor de sangre del Divino Redentor; pendientes del despertar del día de Viernes Santo, típica mañana en estas villas y aldeas arevalenses, en la que, comenzada ya la sementera de los garbanzos, en espera del toque del matutino sermón los honrados gañanes preparan la pareja para marchar a su campesina faena después de oír consternados la relación del horrendo Regicidio. En un ambiente de solemne tristeza transcurre este día con manifestaciones de santo fervor, con el rezo repetido diversas veces del santo viacrucis y la compañía a la Virgen dolorosa. Como digno remate de tal día se congrega la multitud en el templo penumbroso para compartir las ristezas de la hermosa Noemi, la atribulada cual ninguna otra mujer; y en el aspecto de sentimiento y mansedumbre de las pueblerinas mujeres adivinamos a las tiernas hijas de Jerusalén, y pensamos que de seguro también lloran al ver como la avasalladora y reinante impiedad quiere robar a nuestros hijos el tesoro de la fe...

El toque del Angelus al romper el alba del día de las aleluyas conmueve a una parte de escogidos y fervientes devotos, que en la majestad de la aurora silenciosa se dirigen a su parroquia todavía en tinieblas, para una vez más seguir las estaciones del santo viacrucis en desquite de los tibios que quizá no han rendido un acto de veneración a su Salvador Crucificado en los días transcurridos.

¡Semana Santa de la aldea! Sigue tus



IMAGEN DEL CRISTO VESTIDO (BARCO DE AVILA)

EN EL BARRACO

Desde el Domingo de Ramos comienzan los cultos de Semana Santa con gran solemnidad en este pueblo. Y en ellos merecen destacarse las siguientes notas:

En los días que la liturgia señala para lectura de la pasión de Nuestro Señor Jesucristo, mientras el sacerdote la lee en latín, el pueblo la canta en castellano. Desde tiempo inmemorial, a todos los cultos asistían las autoridades y el Ayuntamiento costeaba algunos sermones.

El Sábado Santo después de los oficios los jóvenes encienden luminarias de romero en las inmediaciones de la ermita del Santísimo Cristo, y al día siguiente, terminada la fiesta religiosa, se celebra una romería amenizada por la dulzaina del país.

Z.

EN LA MORAÑA

La chiquillería lugareña, ataviada de sus mejores galas, marcha acompañada de los suyos hacia la iglesia a recoger la rama del laurel simbólico para ostentarla regocijada en la función religiosa, de este día — Domingo de Ramos — recordando la entrada triunfal del Divino Salvador en la gran Jerusalén, comentándose con majestuosa solemnidad los cultos de la Pasión, que tienen en la aldea sugestivos y emocionantes aspectos.

Hanse recogido en sus casas los sencillos y creyentes moradores de estos pueblos, confusos y meditativos con el recuerdo de la escena que, para ejemplo de soberbios y humildes, ha realizado el Maestro en el cenáculo, influenciando con su misericordiosísima mirada la mente del desgraciado apóstol para hacerle cambiar los terebrantes pensamientos de su maldica trama, por la añoranza de la Gloria celestial; se han recogido en sus casas sobre cogidos con el episodio que sigue al divino lavatorio

La Semana Santa en España y el Extranjero

La Cofradía del Silencio.—Curiosas costumbres del rito griego.

¡Semana Santa!

¡Qué cúmulo de ideas sugieren estos días en las mentes cristianas! La sublimidad de los hechos que se conmemoran, la crueldad del pueblo judío, el desgarrador dolor de la Virgen Madre y la trascendencia de los acontecimientos desarrollados en Jerusalén son de tanta magnitud y de tal sublimidad que no ha bastado a los cristianos su simple recordación, ni han sido suficientes para la expresión de sus sentimientos e impresiones los cultos celebrados en los templos, ni el mostrarse unánimemente entristecidos durante los días de la Pasión, ni el visitar repetidamente los Monumentos representativos del Sepulcro del Dios-Hombre, ni el sumirse en el tétrico ambiente de las «Tinieblas», ni el hacer repicar con argentinos sonos de inusitada alegría las campanas en la hora de la Resurrección. Necesitaban los cristianos algo más vivo, más material, más expresivo que el recuerdo y lo hallaron en la manifestación teatral de un espectáculo litúrgico majestuoso y augusto de las procesiones. Necesitaban algo más que figurase año tras año las escenas de la Pasión y Muerte del Salvador y surgieron los pasos representativos de las diversas escenas de la Semana Santa.

Fué el pueblo español el que más se distinguió siempre en las procesiones de Semana Santa. Contribuyó a ello sin duda alguna la idiosincrasia del carácter meridional y expansivo de nuestros compatriotas dados siempre a la vistosa y entusiasta demostración de sus sentimientos; y contribuyó también poderosamente el arte sublime y la divina inspiración de nuestros imagineros que desde tiempo inmemorial supieron tallar con la inerte madera figuras de la Virgen de angélica belleza y grupos pasionales de trágico y emotivo realismo, que arrastraban al pueblo a adorar sin medida a la Dolorosa Madre de Dios, a emocionarse profundamente ante la flagelada y atormentada efigie de Jesucristo y a indignarse ante los fieros y feroces gestos de sayones y fariseos.

Todo ello junto, maestría de artistas, explosión de fe, entusiasmo de fieles y desprendimiento de devotos, ha dado a las procesiones españolas de Semana Santa renombre universal. Suficientemente reconocida es, y no insustentable por tanto sobre ello, la fama de las procesiones de Sevilla y Málaga, Granada y Cartagena, Zamora y Cuenca. No describiremos tampoco, por ser del dominio público, el atavío y lujo de las cofradías que en ellas figuran, ni las maravillosas imágenes debidas a Juan de Astorga, Jerónimo Hernández, Marcos de Cabrera, Salcillo, Mariano Benlliure y tantos otros escultores antiguos y modernos. Pero existen detalles poco difundidos, sumamente curiosos o interesantes, algunos de los cuales reseñamos a continuación.

La cofradía del *Silencio*, que es como se conoce vulgarmente a la antigua Hermandad de los Nazarenos, Archicofradía Pontificia y Real de Nuestro Padre Jesús Nazareno, Santa Cruz en Jerusalén y María Santísima de la Concepción, es una de las primeras que se constituyeron en Sevilla. En un principio los nazarenos, que vestían túnicas negras y tocaban sus cabezas con capirotes, llevaban desnudo el pecho y las espaldas, de las que brotaba abundante sangre a los duros golpes de las disciplinas. Llámase del silencio porque su regla no permite a los cofrades proferir una palabra; hablando del rigor con que se cumple este precepto dice J. Muñoz San Román: «La severidad con que se lleva a cabo dicho precepto es extraordinaria. Hay personas dadas a la broma que se les acercan — a los cofrades — y con el mayor disimulo los injurian y apostrofan y hasta se dá el caso de que los pinchan con agudos alfileres. Mas los nazarenos continúan en silencio su estación de penitencia, sufriendo por sus propios pecados o por los de los demás los martirios y molestias consiguientes».

Es costumbre tradicional que al volver al punto de partida otra cofradía, la que conduce a la Virgen de la Esperanza de Triana, pase por la calle del Pópulo donde se levanta la cárcel ante la cual permanece parada unos momentos para contemplación de la Virgen por los reclusos que, abiertas las puertas del locutorio, la rezan y dirigen sentidas y emocionadoras saetas tras las dobles rejas de su prisión.

La famosa Cofradía del Santo Entierro tuvo su origen poco después de la conquista de Sevilla por haberse descubierto en una ermita una imagen de

Cristo en el Sepulcro, y algunos cronistas suponen que el primer hermano mayor de esta Cofradía fué el Rey San Fernando.

En Barcelona se celebraban solemnes procesiones y algunos de los pasos eran verdaderas obras del arte escultórico de los siglos XIV, XVII y XVIII.

El detalle más característico es que, desde el año 1822, cuando salía la procesión de Viernes Santo, el pendón menor era confiado a los dependientes de comercio; el paso de la Vera-Cruz al gremio de oficiales albañiles; el de la Coronación iba a cargo de devotos congregantes; el del Eccehomo, al del gremio de oficiales zapateros; el de Cristo con la Cruz a cuestras, al de sombreros; el de Cristo Crucificado, al de nobles casados; el del Descendimiento de la Cruz, al gremio de peluqueros; la Madre del Dios de la Piedad, al del Colegio de Corredores Reales; el del Santo Sepulcro, al de la Real Junta de Comercio; el de la Santa Espina, al gremio de cinteros, y la Virgen de la Soledad iba, bajo palio, a cargo de los nobles solteros.

No es privativa sólo de España la costumbre de celebrar procesiones en Semana Santa; también tienen lugar, aunque no alcancen su esplendor y fama, en otros países y entre ellos se distingue Italia donde las ceremonias de estos días en algunos pueblos han llegado a adquirir tradicional y considerable renombre. En Caltanissetta, en la iglesia de Santo Domingo se custodian los 15 notables pasos que el Jueves Santo se llevan solememente en procesión por la ciudad, entre música, *lamintanze* (cantilenas o lamentaciones místicas), luminarias y vocerío de la multitud. En un principio, hacia el año 1780, las imágenes que figuraban en esta procesión estaban hechas de cartón y con primitiva y grosera factura, pero las actuales, debidas a Biancard, padre e hijo son de bastante mérito. En Florencia, el día de Sábado de Gloria tiene lugar una fiesta llamada de la *explosión del carro*. Consiste en hacer arder, con gran estruendo y tras muchas ceremonias un carro cargado de cohetes y fuegos de artificio.

También se celebran procesiones en muchos lugares de Bélgica, y, como antes en España, existe allí la costumbre de conceder indultos con motivo de estas festividades.

En Jerusalén, durante la Semana Santa, se reúnen multitudes inmensas de todas las razas y de las más distintas creencias. Peregrinos católicos, cismáticos griegos y rusos, turistas protestantes, coptos y maronitas, judíos y hasta musulmanes, acuden a la antigua metrópoli de Palestina. Predominan, desde luego, griegos y musulmanes, éstos como dueños del país y aquéllos por ser desde hace un siglo los verdaderos dueños del Santo Sepulcro.

Las fiestas que se celebran en los templos católicos son casi idénticas a las de nuestro país. Entre las muchas y curiosas ceremonias de la iglesia griega o cismática es notable la llamada «del fuego sagrado» que tiene lugar el domingo de Pascua. Tras diversas procesiones el Patriarca penetra en el Sepulcro mismo del Salvador; a cada lado de éste hay una especie de ventanilla y junto a ella esperan la aparición del fuego, de una parte un armenio y de la otra un griego, provistos de antorchas y acompañados de numerosos amigos. El repique de las campanas y los cánticos del coro cesan de pronto. En medio de un silencio imponente, el Patriarca saca un cirio encendido por cada ventanilla, el armenio y el griego encienden en ellos sus antorchas, y en hombros de sus acompañantes son sacados del templo. Fuera esperan ligeros corceles. Los dos devotos saltan sobre ellos, y a galope tendido parten para Belén. El que llega primero, sin que se le apague la antorcha, gana un premio y es considerado como el héroe de la Pascua.

Al mundo entero salvó el Hijo de Dios con su muerte en la Cruz. El mundo entero le recuerda en estos días y le recordará siempre sin que puedan apartarle definitivamente de su memoria las argucias ateas, ni los esfuerzos masonicos ni las más violentas y enconadas persecuciones religiosas. Caerán los despotas, hombres o partidos, y se arruinarán las sectas anticatólicas, pero perdurará siempre con sus usos y costumbres tradicionales ¡la Semana Santa!

F. TASERMA.

Avila.—Tip. y Enc. de Senén Martín.

EL CORRESPONSAL.